

Becoming
THE DARK
PRINCE

Stalking Jack the Ripper #3,5

KERRI MANISCALCO



KERRI

THE DARK PRINCE

Stalking Jack the Ripper #3.5

MANISCALCO

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual no tiene costo alguno.

Es una traducción hecha por fans y para fans.

Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo.

No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando a sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro.

2

Bolzinga

Becoming
THE DARK



KERRI

THE DARK PRINCE

Stalking Jack the Ripper #3.5

MANISCALCO



SINOPSIS

EN ESTA HISTORIA CORTA DE PRECIO IRRESISTIBLE, ECHA UN VISTAZO A LAS LUCHAS INTERNAS Y LOS TRIUNFOS QUE IMPULSAN AL ENTRAÑABLE PERO PROBLEMÁTICO HÉROE DE *STALKING JACK THE RIPPER*.

Enigmático, inquietante y oscuramente guapo, Thomas Cresswell siempre ha sido el único misterio que Audrey Rose nunca ha podido resolver por completo. Como socios brillantes en la investigación de crímenes, se entienden perfectamente... pero como jóvenes amantes, su naturaleza apasionada los ha llevado a la euforia y al desamor a lo largo de la serie *Stalking Jack the Ripper*.

Esta novela presenta una colección de escenas que tienen lugar durante y después del horrible viaje de la pareja por el Atlántico en *Escaping From Houdini*. Experimenta escenas nuevas y familiares desde el punto de vista único de Thomas, incluida una mirada intensamente personal a su súplica por la mano de Audrey Rose en matrimonio.

Con un romance para siempre, Audrey Rose y Thomas llegan a la conclusión de su asociación épica e irresistible en su última aventura, *Capturing the Devil*.

Stalking Jack the Ripper #3.5

3

B
o
l
z
i
n
g
a

Becoming
THE DARK



KERRI

THE DARK PRINCE

Stalking Jack the Ripper #3.5

MANISCALCO

«El Príncipe de la Oscuridad es un caballero.»

—El Rey Lear, Acto 3, Escena 4

William Shakespeare

4

Bookzinha

Becoming
THE DARK



ANTES

**Cabina de Thomas
RMS Etruria
4 de enero de 1889**

El granizo tamborileaba sus los dedos contra la portilla de mi camarote, volviéndome medio loco mientras intentaba, y fallaba, contar cada gota. El maldito repiqueteo era demasiado para seguir. Rodé sobre mi costado, empujando mi almohada debajo de mi cabeza, y miré la furiosa tempestad afuera. El cielo seguía siendo del peligroso negro azulado de la noche y probablemente permanecería así mucho después del amanecer. O tal vez el clima me sorprendería como lo hicieron otros eventos recientes.

Afuera, las cuerdas crujían, el sonido como de fantasmas abriendo puertas. El RMS *Etruria* me inquietaba. O tal vez era la vorágine de emociones que se agitaban profundamente dentro de mí lo que me hacía sentir incómodo. Los celos eran una amante miserable. Parecían crecer cada vez que imaginaba la sonrisa seductora que Mefistófeles usaba como una máscara más alrededor de Wadsworth.

Él era especialmente intolerable después de sus actuaciones nocturnas del carnaval, pavoneándose como un rey de los tontos. Lo que era peor, los pasajeros parecían encantados con su engaño. Como si asumir el nombre y la personalidad de un demonio de leyenda fuera algo para aplaudir. Como si ocultar su identidad con máscaras frívolas tanto dentro como fuera del escenario fuera un delicioso misterio en el que hundir el diente.

Odiaba su risa fácil y sus trajes relucientes, brillando como estrellas en el cielo nocturno.

Odiaba sus tratos egoístas y su percepción de todo como un juego.

Realmente odiaba lo mucho que trataba de encantar a la chica que yo adoraba. Justo en frente de mí.

Pero, sobre todo, odiaba a la fea bestia que las acciones de Mefisto despertaba en mí. En parte por el linaje Drácula de mi madre, y en parte porque parecía darle placer, mi padre me llamaba monstruo. Lo decía con tanta frecuencia que era casi fácil de creer. Especialmente una vez que tomé una fascinación por estudiar a los muertos. ¿Quién sino una criatura abismal elegiría un destino tan oscuro? Esa preocupación mordaz mezclada con el conocimiento desconcertante de mis antepasados rumanos era suficiente para plantar semillas de miedo: de que en algún lugar acechando bajo mi exterior frío, una bestia estaba esperando, ansiando devorar al caballero que yo pretendía ser.

Me pregunté si odiaba más a Mefistófeles por lo mucho que deseaba desatar a ese monstruo que arañaba bajo mi piel. Pasé una mano por mi cabello, sin importarme que ahora sobresaliera caóticamente. Dejando a un lado el odio personal, el maestro de ceremonias no era lo suficientemente bueno para Audrey Rose Wadsworth.

No es que tuviera derecho a ofrecer esa opinión.

Todavía no creía que Wadsworth quisiera al pomposo pavo real que era el maestro de ceremonias y, sinceramente, sus esfuerzos por conquistarla deberían ser divertidos. Lo que me hacía preguntarme por la punzada de... algo... que aún se alzaba en mí al pensarlo.

Pronto deduje que cualquier vínculo que se estuviera formando entre ellos, al menos por parte de ella, era fruto de un trato; simplemente no había resuelto del todo el misterio de lo que él había ofrecido que era lo suficientemente importante como para que ella omitiera partes de la verdad. Wadsworth era una fuerza imparable mientras investigaba un crimen, pero ahora había algo más que la impulsaba. Algo personal.

Espiarlos me daría los detalles que necesitaba, pero no podía aceptar la idea de vigilar a la persona que amaba como un pervertido. Le había prometido que ella siempre sería libre de elegir su propio camino y me negaba a actuar de otra manera por culpa de él.

Garras imaginarias rasparon mis sentidos, provocándome a actuar.

Maldito infierno. Necesitaba ayuda. Estaba permitiendo que los pensamientos de este tonto, que se había puesto el nombre de un demonio negociador en una leyenda de Fausto, y que obviamente había adoptado ese mismo personaje oscuro para el escenario, se arrastraran como gusanos bajo mi piel.

Sería prudente escribirle a mi hermana, Daciana, pidiendo ayuda en el asunto, pero el correo no podía enviarse desde el mar y no recibiría una respuesta hasta después de haber llegado a Nueva York. Necesitaría resolver estas emociones por mi cuenta. Suspiré y pasé una mano por mi cabello de nuevo. De todos los complejos acertijos que ofrecía el mundo, ¿quién hubiera imaginado que mis emociones serían el mayor desafío de mi vida?

El granizo detuvo abruptamente su asalto, llamando mi atención sobre el repentino silencio. Fue una ruptura en el clima que no pude resistir. Miré el reloj. Aún faltaban unas horas para el amanecer, pero debí de estar rumiando sobre el maestro de ceremonias Moonlight Carnival más de lo que me había imaginado. Engendro de Demonio que era. Me levanté de la cama y me vestí rápidamente. Necesitaba aire. Si las nubes se abrieran, quizás tendría suerte y vería las estrellas. Deseaba una agradable visita a dos de mis constelaciones favoritas: la Osa Menor y Cygnus.

No esperaba que nadie saliera tan temprano, o tan tarde dependiendo de las circunstancias, especialmente con la amenaza de otra tormenta acercándose. Debería haberlo sabido mejor antes de aplicar esa regla a Audrey Rose. Nada tan vulgar como el clima la mantendría enjaulada cuando tenía un objetivo que lograr y el asesinato de una joven que resolver.

Sabía que la forma teatral en la que se posaban los cuerpos para el descubrimiento la enfurecía. Cualquiera con una pizca de compasión despreciaría el llamativo homenaje a las cartas del tarot que utilizaba el asesino. Pero Audrey Rose sentía tan profundamente que la necesidad de corregir todos los males la consumía. Era visible en el fuego de sus ojos verde mar, brasas gemelas que parecían prometer venganza por aquellos que habían sido tan horriblemente agravados tanto en la vida como en la muerte.

Luché contra una sonrisa. Era una de las cualidades que más amaba de ella. Yo...

De repente dejé de caminar cuando ella y su prima se acercaron desde el extremo opuesto de la cubierta de paseo, sin duda en dirección a su



cabina compartida. Parecía relajada, feliz. Su brazo estaba entrelazado con el de Liza, sus sonrisas contagiosas mientras se reían demasiado fuerte y rápidamente se callaban antes de disolverse en más risas.

Hice una pausa, medio considerando darme la vuelta antes de que me notaran, cuando mi atención se centró en lo que vestía. Las medias medianoche mostraban sus piernas, y su corsé escotado a rayas rojas y negras estaba rociado con la cantidad justa de lentejuelas para atraer la atención estratégicamente hacia sus curvas. Tragué saliva y maldije entre dientes. Estaba vestida como una de las artistas del Moonlight Carnival, y era una visión.

Y yo estaba mirando fijamente como un tonto enamorado.

Oí la voz de Daciana en mi cabeza, amonestándome por ponerme nervioso por algo tan mundano como la ropa. Con una gran cantidad de tensión, me obligué a pensar con claridad y lógica. Y ciertamente dejar de mirar la seda oscura delineando la forma de sus caderas...

—¡Oh, señor Cresswell!

Liza las detuvo en seco. El rostro de Audrey Rose registró sorpresa cuando miró hacia arriba y me vio. Estudié su expresión intensamente, emocionado de ver que yo era una grata sorpresa. Me preocupaba que pensara que había estado caminando a propósito por su cabina para ver cómo estaba. A decir verdad, no me di cuenta de que me dirigía hacia aquí. Estaba demasiado consumido por mis propios pensamientos.

Liza miró entre nosotras y se mordió el labio, tratando de mantener la sonrisa en su rostro mientras dejaba ir a su prima y corría hacia la puerta. Ella dio un bostezo muy exagerado, sin engañar a nadie con su actuación mientras fingía cansancio.

—Estoy tan agotada —dijo a nadie en particular—. Estaré aquí, durmiendo profundamente.

Le guiñó un ojo a Audrey Rose y se deslizó dentro, dejándonos solos. Algo curioso le sucedió a mi pulso: se aceleró. El miedo y el deseo me atravesaron. Una mezcla confusa sobre la que necesitaría reflexionar más tarde cuando estuviera solo. Por ahora, necesitaba recordar respirar y actuar como el caballero del que estaba tratando de convencerme de que era.

—Cresswell. —Se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos—. ¿De verdad eres tú?

Le mostré mi mirada más encantadora.

—No te preocunes, Wadsworth. A veces tampoco puedo creer que sea real.

Su mirada se movió a mi boca y permaneció ahí. Una expresión cercana a la nostalgia cruzó su rostro. Era la misma mirada que me había dado cuando nos besamos en su cabina hace unas noches. Recordé la calidez de su cuerpo, la sensación de su piel suave, la forma en que sabía...

Inhalé profundamente y me concentré en resolver ecuaciones matemáticas. Pensé en numeradores y denominadores. Conjuré raíces cuadradas. Cualquier cosa, *cualquier cosa* para no notar los latidos de mi corazón y la forma en que ella me ponía nervioso y emocionado a la vez.

Y luego se lamió lentamente los labios, como si hubiera deducido el calor que ardía a través de mí, destruyendo mi determinación de liberarla.

Me tomó toda mi fuerza de voluntad mantenerme a una distancia decente. Una palabra o una súplica de ella era todo lo que necesitaría. Era más que lujuria. Más que una necesidad física. Adoraba cada parte de ella. Si me lo pidiera, desataría cada uno de mis deseos, complaciéndola de una manera que le haría saber exactamente cuánto la atesoraba.

Una vez que eso sucediera, no se podría negar la profundidad de mis sentimientos. Cuán total y locamente la amaba. Un hecho más sólido y tangible que ningún otro en la historia del mundo. Convertí mi expresión en una máscara de hielo, ocultando el infierno ardiente que quemaba dentro. Quería que ella me eligiera sin ser influenciada por mis propios sentimientos.

—¿Thomas? —preguntó, su atención obstinadamente fija en mi boca.

—¿Sí? —Mi voz salió un poco áspera y me aclaré la garganta. Me costaba pensar, respirar. Me pregunté por la mirada en sus ojos, la que parecía pasar mentalmente sus dedos por mi cabello, tirando suavemente mi cabeza hacia atrás, poseyéndome juguetonamente. Yo...

Mil novecientos setenta y dos dividido por siete...

—Thomas, ¿estás bien? Te ves un poco tenso. —Ella no era consciente de ello, pero cuando le prestaba atención a algo, esa fuerza era abrumadora—. ¿Por qué te escabulles tan temprano?

Para encontrar la salvación de mis demonios. Para liberarme de la jaula de mi habitación y los miedos que amenazan con ser mi perdición. Para sentir el escozor de la nieve en la cara y olvidar que no hay una cura para mi condición actual. Su mirada era una caricia palpable mientras la movía lentamente hacia abajo, encendiéndo una profunda necesidad masculina que me sorprendió incluso a mí.

—No me estoy escabullendo, estoy merodeando, Wadsworth. —Le di una sonrisa perezosa. Fue un esfuerzo mantener mi tono casual, para evitarme intentar encender su deseo también. Sin embargo, a juzgar por el creciente anhelo en su expresión y la forma en que movió su cuerpo hacia el mío, tal vez ella había avivado esas llamas por su cuenta—. ¿Por qué te escabulles tú?

Iba a burlarme más de ella, preguntándole si regresaba de una cita nocturna, y sentí una violenta e invisible patada en mi estómago. Me maldije por pensar en esa atrocidad y obligué a mi mandíbula a permanecer cerrada, no fuera a dejarme como el ridículo más grande.

De todas las veces para imaginarme al maestro de ceremonias con sus brazos alrededor de ella...

—Te estás desviando. —Sus inteligentes ojos se entrecerraron de nuevo, enfocándose en mi expresión—. ¿Has descubierto una pista? ¿Hubo otro asesinato?

Negué con la cabeza, sin confiar en mí mismo para hablar todavía. Imágenes de ella acurrucada con otra persona, su cabello derramándose como un secreto sobre su pecho, todavía me asaltaban. Mantuve mi mirada en su rostro, negándome a mirar su disfraz. Y la extensión de piel que revelaba. A pesar de mis mejores esfuerzos, cuando una ráfaga de viento atravesó la cubierta de paseo, miré. Solo quería ver si tenía frío y necesitaba mi chaqueta, pero su corsé estaba tan apretado que la hinchazón de sus pechos me robó los sentidos. Quería romper los tirantes y pasar mis... *novecientos noventa y ocho mil divididos por veintiséis son treinta y ocho mil, trescientos ochenta y cuatro y...*

Como si mi mente hubiera inventado un balde de agua helada imaginaria para mojarme, de repente me pregunté quién la habría ayudado a ponerse su disfraz. Los celos se retorcieron dentro de mí, golpeando todo el sentido común y la decencia. Exhalé lentamente, mi aliento se enroscó en zarcillos de humo. Me imaginé que me parecía al dragón por el que mis antepasados se habían dado nombre.

Ese pensamiento me abofeteó la idiotez. No era un monstruo que escupía fuego, ni lo sería nunca. Necesitaba concentrarme en ella, no en mi inseguridad. Necesitaba confiar en ella, incluso cuando no entendía cuál era su objetivo. Si podía hacer eso en nuestro espacio de trabajo, no había ninguna razón por la que no pudiera dejar de ser un idiota celoso ahora.

Ella se acercó.

—¿Estás bien?

Todavía estaba luchando contra el impulso de perseguir al maestro de ceremonias y tirarlo por la borda, luchando por superar mis inseguridades y así poder tener el tipo de relación romántica construida sobre la integridad que ansiaba fuertemente, tratando de resolver una serie de asesinatos espantosos e intentando prevenirme a mí mismo de convertirme en el monstruo que mi padre me convenció que era liberando a la chica que amaba. En ese momento, esa chica estaba haciendo la última parte extremadamente difícil, más parecía querer envolverme con sus brazos.

Anhelaba tocarla. Primero su mente, luego su corazón y, finalmente, su cuerpo. Deseaba poseer cada centímetro de espacio entre nosotros y llenarlo con cada emoción que alguna vez había reprimido o fingido. Quería desnudar mi alma para que solo ella la viera y luego hacer lo mismo con mi ropa, dándole todo lo que tenía de mí. Cicatrices y todo.

—¿Thomas? —preguntó de nuevo, frunciendo el ceño con preocupación—. ¿Estás bien?

Levanté un hombro.

—Mejor que nunca.

Se estremeció y supe que no era mi obvia mentira lo que la había afectado. Me quité la chaqueta y la puse sobre sus hombros, mis nudillos rozaron accidentalmente la parte superior de sus senos mientras le aseguraba un botón en el pecho. El contacto envió una abrasadora lamida

de fuego a través de mí tan rápido como un rayo. Ella se quedó sin aliento y su atención regresó a mí. Sucedió tan rápido que no tuve tiempo de borrar el anhelo de mi rostro.

Di un paso atrás cuando una mezcla invernal de lluvia y nieve comenzó a caer. Ella se movió conmigo, una cazadora avistando a su presa. El problema era que quería que me atraparan más de lo que quería correr.

—Pensé en ti esta noche —murmuró, sosteniéndome con una mirada que prometía todo tipo de cosas maravillosamente malvadas—. Bebi el hada verde y bailé con abandono. No te preocunes, —Se inclinó hacia adelante, y yo me quedé muy quieto mientras ella colocaba sus manos en mi pecho y lentamente, con cuidado, las arrastraba hacia abajo para descansarlas sobre mi corazón—, no fue inapropiado. Te estoy guardando ese honor. ¿Recuerdas?

Tendría que estar muerto para haber olvidado cuando dije no hace mucho acerca de beber vino y bailar juntos de manera inapropiada. Inhalé lentamente, tratando de formar un pensamiento coherente, una tarea que resultaba ser especialmente difícil. Los sentimientos enfrentados lucharon por la supremacía. Esa envidia persistente, pura, candente cuando la imaginaba bailando con otra persona, superada solo por una abrumadora satisfacción de que hubiera estado pensando en mí.

Odiaba los celos, me hacían sentir monstruoso y fuera de control. Ella se merecía algo mejor. Yo también me lo merecía. Nuestro cortejo aún no era oficial; independientemente, no creía en tener derecho a dictarle a otro. Era horriblemente anticuado. Preferiría que ella me *eligiera* a mí.

—Cerré los ojos e imaginé que estaba bailando contigo —dijo Audrey Rose. Su mirada verde era fascinante cuando me acercó más, inclinando su rostro hacia arriba—. Hizo más fácil... actuar. No creo que sea muy buena en eso. El escenario no es un lugar para mí. Pero quería intentarlo. Pensé que podría ayudar a esas mujeres.

Las piezas faltantes encajaron en su lugar. Ella no se estaba enamorando del maestro de ceremonias; estaba haciendo que pareciera de esa manera. La esperanza se elevó y luego se estrelló contra la orilla de mi inseguridad. Lo empujé a un lado. Ella estaba aquí, acercándose, mirando mi boca como si fuera una obra de arte que le encantaría estudiar. Sería un tonto si arruinara todo al permitir que la duda se impusiera.

—Quizás deberías dejar de actuar y aprovecharte de mí ahora.

Ella arqueó una ceja, fingiendo sorpresa, pero el agradable rubor de su piel delató sus verdaderos sentimientos.

—Malvado.

Extendí mi mano, una sonrisa genuina se dibujó en mis labios.

—Mi querida, Wadsworth. Estaba hablando de bailar conmigo. ¿Qué estabas pensando tú?

—Besarte.

Abrí la boca, una broma lista, luego vacilé. Todos los indicios de burla se desvanecieron. No esperaba una honestidad tan cruda. Ese era un truco que yo jugaba. Su sonrisa fue lenta e inmensamente autosuficiente mientras yo parpadeaba en silencio. Quería sorprenderme y sabía que había logrado su objetivo. No pude negar caer más profundamente bajo su hechizo.

Tocó mis labios con las yemas de los dedos, su mirada se oscureció.

—¿Lo harás?

Mi corazón se aceleró. No quería nada más que capturar su boca con la mía, besar la duda que permanecía en lo más profundo de mi corazón, darle el cariño que se merecía. Cuando me incliné para darle todo lo que pidió, olí la más mínima insinuación de alcohol en su aliento. En el último momento cambié de opinión. Cuando besaba a Audrey Rose, quería estar seguro de que ella realmente deseaba que lo hiciera.

Malentendiéndola deliberadamente, la atraje hacia mí y bailamos —demasiado cerca y sin embargo no lo suficientemente cerca— mientras caían copos de nieve de cristal. Bailamos el vals por la cubierta de paseo y regresamos hasta que sus ojos se cerraron, la levanté en mis brazos y la llevé a su cabina. La metí debajo de las sábanas y presioné mis labios contra su frente. De alguna manera, nuestra noche bailando bajo las estrellas y la nieve era más significativa que compartir su cama.

—Buenas noches, Audrey Rose.

Probablemente no lo recordaría por la mañana, pero esperaba que pensara que fue un sueño maravilloso. Un recuerdo que algún día podría

KERRITHE DARK
PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5

pintar para poder mirar hacia atrás en el futuro y sentirme lleno de la misma sensación de calidez y paz.

En lugar de distraerme con los celos y los tratos que finalmente no importaban, deseé haber estado prestando más atención a la pesadilla que estaba a punto de desarrollarse.

En cuatro cortos días, ella estaría en mis brazos, desangrándose. Y finalmente me convertiría en el príncipe oscuro que mi padre sabía que era, cuando me desaté sobre todos ellos.

KERRI

THE DARK PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5



Escenario y niebla vintage.

15

Bokzingga

Becoming
THE DARK



ÚNO

Salón comedor
RMS Etruria
8 de enero de 1889

La sangre se derramaba sobre mis manos en cálidos y rítmicos chorros. Por un momento prolongado, me quedé congelado, luego mi mundo se redujo a una ecuación. Estéril. Familiar. Tranquila. Exactamente lo contrario de lo que me rodeaba. El caos reinaba en el escenario y yo era casi consciente de la lucha que se libraba detrás de nosotros.

Jian, el poderoso Caballero de Espadas, se había unido a Mefisto para derribar a Andreas al suelo, pero el adivino asesino no se rendía fácilmente. Observé cómo cada uno de los artistas del Moonlight Carnival peleaba contra él, sacando tanto su rabia como su dolor sobre el hombre que había sacrificado a su compañía para vengarse.

Una ira oscura e hiriente estalló. Nunca había sido particularmente violento, eligiendo usar mis talentos para deducir lo imposible con el propósito de poner *fin* a la violencia, pero una parte de mí quería saltar a la pelea y desatar un ataque salvaje contra el hombre que le había arrojado un cuchillo a Audrey. Rosa. También quería vengar a cada una de las mujeres inocentes cuyas vidas él robó, al igual que la muerte de su propia prometida.

Me quedé mirando el cuchillo en la pierna de Audrey Rose, imaginando cómo se sentiría si le cortara la garganta con él. Nunca antes había deseado que la sangre de nadie estuviera en mis manos, pero, mientras me aferraba a la chica que amaba, su sangre vital vaciándose sobre mí y el suelo, recé por la oportunidad de devolverle el favor diez veces mayor. Lo destriparía mientras aún respiraba y lo alimentaría con sus entrañas. Jack el Destripador temblaría ante mi crueldad, la brutalidad con la que lo abriría y lo dejaría desnudo.

Andreas logró darle un puñetazo en el estómago de Mefisto antes de que Jian lo tacleara. Estaba tan cerca que casi podía agarrarlo... pero entonces Audrey Rose dejó escapar un suspiro silencioso y sollozante.

Me volví hacia ella. Necesitaba *concentrarme*.

Apreté la mandíbula y examiné la herida. Había demasiada sangre, una indicación de que su arteria femoral había sido golpeada. No podía arriesgarme a quitar la hoja hasta que detuviera el flujo sanguíneo. El cuchillo era probablemente lo único que le impedía desangrarse hasta morir.

Ante eso, un repentino y rápido aleteo asaltó mi pecho. Pánico.

Mi mente se convirtió en un arma estéril e insensible. Si pensaba en la chica inmóvil debajo de mí, con los ojos perdiendo el enfoque lentamente, el miedo me consumiría. Si permitía que el terror entrara en mi corazón, también podría firmar su sentencia de muerte. Lógicamente, lo sabía; emocionalmente, estaba fallando.

—Wadsworth —dije, forzando mi tono a una calma que no sentía—, quédate aquí. Quédate aquí conmigo.

Luchó por mirarme, sus ojos estaban vidriosos con una apariencia brillante. Cuando finalmente se centró en mi rostro, su expresión se volvió pacífica. Quería desgarrar mi carne y darle todo lo que necesitaba para sobrevivir, incluso si eso significaba sacrificar mi propia sangre.

—No... voy a... ninguna parte.

Distantemente, me di cuenta de la audiencia alejándose de sus asientos y sus voces gritando. Mujeres llorando. Estampida de tacones y botas sobre suelos de mármol. Las puertas se estrellaron contra las paredes cuando los pasajeros huyeron al pasillo. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que escuché un crujido agudo. Miré hacia arriba cuando Anishaa, la tragafuegos, le arrojó un trozo de cuerda a Mefisto, y Houdini usó su talento para asegurar a Andreas. Distracciones.

—Thomas... —La voz de Wadsworth era débil. Demasiado débil. Una extraña y violenta ola de emociones subió con fuerza, amenazando con hundirme—. No me dejes.

Como si eso fuera posible alguna vez.

—Nunca.

Lágrimas cayeron sobre ella. Estaba demasiado ido para considerar que yo estaba llorando. Ella estaba fría. La sangre me humedecía los dedos. Necesitaba detener la hemorragia pronto o ella moriría frente a mí. Sus ojos se cerraron revoloteando. Por un segundo, su pecho dejó de subir. Todo dentro de mí se convirtió en hielo.

Los recuerdos de perder a mi madre, de ver cómo la vida dejaba sus rasgos una vez vibrantes, me asaltaban ahora. Yo era demasiado joven, demasiado inexperto para salvarla entonces. No permitiría que la muerte volviera a robar injustamente a alguien a quien amaba. Le di una palmada gentilmente a la cara de Wadsworth. Ninguna respuesta. Mi corazón aún debía estar funcionando, porque juré que lo sentí partirse por la mitad. Le di una palmada en la cara una y otra vez, y sus ojos ni siquiera se agitaron.

—¡Audrey Rose! —grité—. ¡Mírame!

Me arranqué la corbata y la apreté por encima de su herida como una especie de torniquete, con cuidado de no tocar el cuchillo. Tenía que reducir la velocidad de la sangre hasta que la trasladaran a la enfermería y pudiera quitar la hoja sin peligro.

Si seguía repitiendo lo que había que hacer, podría mantener la calma.

—¡Audrey Rose! —Mi voz era salvaje. Ella no estaba respondiendo. La muerte era inminente, pero la combatiría hasta que me reclamara a mí primero—. ¡Mefisto! —grité, sorprendiendo al maestro de ceremonias desde donde estaba parado sobre un Andreas ahora sometido. Corrió a mi lado, su rostro castaño claro lucía pálido detrás de su máscara de mascarada—. Busque al doctor Wadsworth. ¡Ahora!

A pesar de todos sus defectos, no lo dudó. Esquivó a los pasajeros que huían, empujando y zigzagueando hasta desaparecer en el pasillo. Cambié a los otros artistas que se habían reunido en un círculo protector. Jian y Sebastián custodiaban a Andreas. Anishaa y Cassie, la trapecista que había intentado dejar caer una bolsa de resina sobre Andreas antes de que pudiera atacar, cayeron de rodillas a nuestro lado. Ellos se preocupaban por ella. Mientras yo había estado ansioso por la inseguridad, Audrey Rose había hecho conexiones genuinas mientras trataba de resolver el misterio. Tragué un nudo repentino que subió a mi garganta.

Stalking Jack the Ripper #3,5

—Necesito un desinfectante —dije—. Luego, aguja e hilo. Paños limpios y un recipiente con agua tibia. Si no podemos encontrar alcohol, el fuego bastará para esterilizar la hoja.

Anishaa parpadeó para quitarse las lágrimas, luego ella y Cassie atravesaron el comedor para conseguir los suministros. Necesitaría realizar la cirugía ahora. Aquí. Casi se acababa el tiempo.

—Quédate aquí conmigo, Wadsworth. —Apreté su mano—. Te seguiré más allá de la muerte y te traeré de regreso si es necesario.

—¡Aquí! —Anishaa patinó hasta detenerse y me entregó una aguja e hilo. Cassie estaba un momento detrás de ella con una jarra de agua y una botella de licor que debió haber robado de las cocinas. Había olvidado que todavía estábamos en el salón comedor. No podía entender cómo se habían movido tan rápido para recuperar los artículos. El miedo y el amor eran motivadores poderosos.

—Necesito fuego —dije, volviéndome hacia Cassie—. Tome, ponga tanta presión sobre su herida como pueda. —Me negaba a dejar que mi agarre se aflojara hasta que Cassie tuviera las manos firmemente en su lugar. Para su crédito, ni siquiera parpadeó ante la sangre que brotaba de sus dedos. Su mandíbula estaba tensa, su mirada decidida. Haría lo que fuera necesario, sin importar lo aterrador que resultara.

—Anishaa, cuando quite la hoja, necesito que salpique alcohol en la herida y me dé la aguja y el hilo. El doctor Wadsworth debería llegar pronto y se hará cargo. —Miré hacia arriba—. ¿Tenemos todos claro cómo proceder? Una vez que saque esa hoja, será un infierno.

Cassie levantó la mirada.

—¿No estamos ya en el infierno?

—Suficientemente cierto. —Respiré hondo, estabilizándome—. Uno. Dos. Tr...

—Thomas. —El doctor Wadsworth apareció frente a mí, su rostro sombrío—. Permíteme.

Una parte de mí no confiaba en él, no confiaba en nadie con la tarea imposible. Lo cual era ridículo. Me había enseñado todo lo que sabía sobre cirugía. Me alejé, esperando sus instrucciones.

Stalking Jack the Ripper #3,5

—Sujeta su pierna por el tobillo y la parte superior del muslo — ordenó. Hice lo que me dijo, reemplazando a Cassie. Alguien se movió a mi lado y la sujetó por los tobillos. Me concentré en aplicar suficiente presión en la parte superior de su pierna sin lastimarla.

El médico sacó con cuidado el cuchillo, asegurándose de sacarlo en la dirección exacta en la que había entrado. Quería hacer la menor cantidad de daño al salir. El doctor Wadsworth y yo teníamos mucha práctica para volver a unir extremidades y dedos gracias a nuestro trabajo secreto, pero coser una arteria resultaría complicado, incluso para él. Si calculaba mal, ella podría sangrar internamente.

La hoja salió y la sangre brotó, rociándose en la cara. No pulsaba a intervalos regulares, lo que sugería que su ritmo cardíaco se estaba desacelerando.

—¡Anishaa! —grité. Sin dudarlo, la artista vertió el alcohol sobre la herida, Cassie le entregó un paño húmedo—. ¡Moje la herida con agua ahora!

La sangre se acumulaba demasiado rápido para que pudiéramos ver correctamente. Una mano se posó en mi hombro, pero me negué a levantar la vista de mi tarea. Tenía que sujetar su pierna lo suficientemente fuerte para detener el sangrado, tenía que...

—Thomas. —Sin embargo, la voz tranquila del doctor Wadsworth acarreaba una orden. Hice una pausa para mirarlo—. Puedes soltar su pierna ahora. Pon la barra de cauterización en las llamas.

No quería soltarla. Parte de mí sentía que, si lo hacía, Audrey Rose se me escaparía de las manos para siempre. Pero discutir destruiría a la chica que amaba. Sacudí mi cabeza en una apariencia de asentimiento y me apresuré a hacer lo que me indicaron. El doctor tenía mucha más experiencia con venas y arterias. Si alguien podía salvarla, era él.

Las cosas se movían en un borrón de precisión intercalado con pánico. Seguí instrucciones mecánicamente, ignorante de todo aparte de la voz del doctor. Ahora no había nada más que ciencia y determinación. Finalmente, el caos tanto en la habitación como en el suelo frente a mí se equilibró. El doctor Wadsworth le ladró a alguien para que me ayudara a mantener firme su pierna mientras él llevaba la barra a su extremidad. Apenas noté quién había venido a ayudar. La sangre cesó de repente. Fue como si se cerrara

un grifo. El par de manos que habían ayudado a sostenerla desapareció. Después de agregar más desinfectante al interior de la herida, el doctor Wadsworth cosió su piel con pericia y me indicó que le aplicara un poco del astringente de hamamelis¹ de Thayer una vez que hubiera completado su tarea.

Mefisto apareció a la vista. Sus brazos estaban cruzados y su expresión estaba cuidadosamente controlada, pero no pudo ocultar la contracción de su yugular mientras miraba a Audrey Rose. Vi lo que estaba tratando de ocultar: la sangre que cubría sus manos. Entonces él fue quien me ayudó a sostenerla. Por alguna razón, a pesar de lo mucho que luchó para traer al doctor, eso me hizo querer lanzarme contra él. No tenía derecho a preocuparse por alguien a quien intentaba ganar mediante un juego de manipulación. Él y sus malditos tratos y su agenda secreta. Podría estrangularlo aquí mismo.

—¿Ahora qué? —preguntó, su tono desprovisto de su habitual broma.

El doctor Wadsworth se subió las gafas por la nariz, dejando una mancha carmesí en su cara. Inhaló profundamente, su expresión demacrada y desgastada.

—Ahora esperamos y veremos.

Dejé de imaginar todas las formas en que estrangularía a Mefistófeles con las cadenas de Houdini, centrándome en cambio en la palidez calcárea que se aferraba a Audrey Rose como un fantasma no deseado.

A juzgar por el amplio charco carmesí que la rodeaba, si lograba pasar la noche, sería un bendito milagro. Tal como estaban las cosas, mis posibilidades de convertirme en un asesino profesional, un papel del que la mayoría de todos en Londres ya me acusaban, eran mucho mayores que si ella abriera los ojos nuevamente.

En ese momento, quisiera reconocerlo o no, entendí, solo un poco, cómo Andreas había planeado y exigido su venganza. Si Audrey Rose moría... tomaría poco esfuerzo liberar a la bestia dentro de mí.

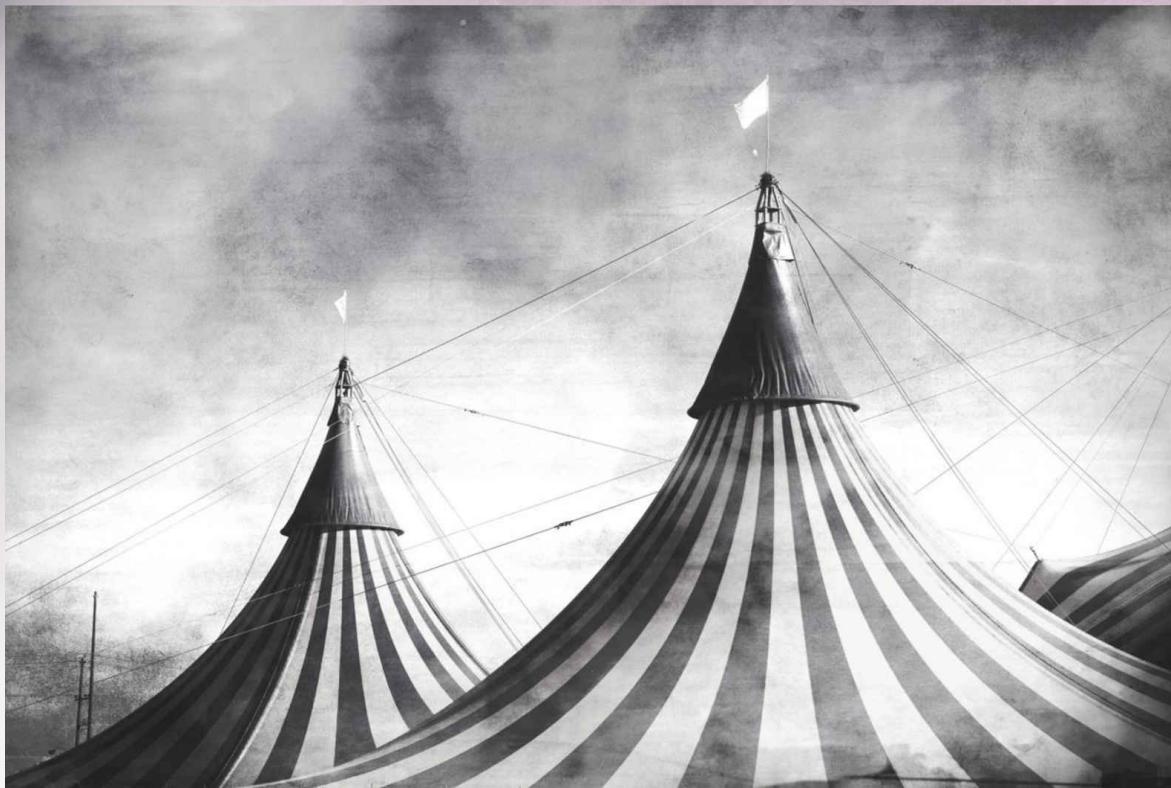
¹ **Hamamelis:** Es un género de cuatro especies de plantas con flores de la familia Hamamelidaceae.

KERRI

THE DARK PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5



Carpas de vodevil vintage

22

Bokzinga

Becoming
THE DARK

DOS

**Enfermería
RMS Etruria
9 de enero de 1889**

Casi veinte horas sin dormir después, los sonidos de los miembros de la tripulación preparando el barco para el puerto rompieron los pensamientos que se filtraban dentro y fuera de mi cerebro mientras me sentaba de vigilia en la enfermería. Hacía varias horas, había agotado cada miedo y ahora pasaba a pensamientos triviales. Visualicé las tiendas a rayas que el Moonlight Carnival había instalado en las cubiertas de paseo, lo que parecía hacía unos momentos en lugar de dos días, siendo rápidamente empacadas para una nueva multitud. Una nueva ciudad.

Finalmente habíamos llegado a Nueva York y no podía reunir un ápice de emoción. Había soñado con visitar esta ciudad desde que podía recordar, hipnotizado por las promesas de convertirme en alguien nuevo. Reinventándome. Perseguir sueños que podrían parecer extravagantes para otros pero que eran completamente posibles en Estados Unidos. A veces parecía que nadie quería dejar su pasado atrás tanto como yo.

Nueva York era el lugar perfecto para transformarme en quien quisiera. No tenía que ser el príncipe oscuro del que me acusaba mi padre, ni estaba atrapado siendo el extraño e insensible joven que había perdido a su madre demasiado joven. Aquí, en Estados Unidos, podría ser simplemente Thomas Cresswell.

De momento, al pensar en las bulliciosas calles y las infinitas posibilidades, Nueva York tenía poco atractivo. ¿De qué servía huir del destino cuando se daba la vuelta y te golpeaba en la mandíbula sin importar qué? Envidiaba a mi hermana en algunos aspectos. Su asociación con la Orden del Dragón —un antiguo grupo caballeresco de nobles que buscaban proteger la cruz y su país de los invasores, y cuyo nombre nuestro

Stalking Jack the Ripper #3,5

antepasado Vlad Drácula había tomado como suyo— le permitía esa misma libertad que yo buscaba. Rechazar la oferta para unirse a sus filas secretas podría haber sido una decisión apresurada. Una de la que todavía no podía arrepentirme.

Dejé de pensar y me concentré en el aquí y ahora. Estaba sentado en una silla que alguien había acercado a la cama durante algún momento de la noche. O el profesor o Liza. Toda una vida de recordar los hechos más oscuros, desapareció en mi pánico por observar a Wadsworth. Nada más había importado en esas horas iniciales. Nada más que querer que su cuerpo se reparara, haciendo todo tipo de promesas a Dios para que ella se recuperara.

La miraba con la misma intensidad ahora, observando el ligero ascenso y descenso de su pecho. No era mucho, pero había sobrevivido a la noche. Entrelacé mis dedos con los de ella, tragando saliva. Su piel era un tono más oscura que la de un cadáver y casi tan fría. Un latido lento y constante resonaba en mi pecho. Insistente. Enojado. Temeroso. Podía que nunca se despertara y todo por salvarme.

—Eres un alma valiente y tonta. —Luché contra el ardor en mis ojos— . Deberías haber dejado que el cuchillo me golpeara. —Si ella moría... *Juro que tomaré el cuchillo que utilizó Andreas y se lo clavaré en su maldito corazón.*

—Y después de que lo apuñales, ¿entonces qué? —preguntó el doctor Wadsworth con voz ronca. Me contuve de retroceder. No me había dado cuenta de que estaba de pie en la habitación. Tampoco me había dado cuenta de que había dicho esa última parte en voz alta. Dirigi mi atención a él, y negó con la cabeza—. ¿Honrarías su sacrificio encerrándote como un perro? ¿Crees que eso la haría feliz? No pensé que fueras tan tonto, muchacho.

—Ella no se está muriendo —casi le gruñí. No sabía qué estaba emergiendo dentro de mí, pero el monstruo que había intentado destruir se encabritó, buscando a alguien a quien atacar. Conté los segundos avanzando en el reloj, usando la distracción para calmarme. Un momento después, dije con más suavidad—: Ella no puede morir.

El doctor Wadsworth se acercó al borde de la cama con expresión amable.

—Un día todos debemos morir, Thomas. Es un destino que todos compartimos. Cada uno de nosotros.

Cerré mis manos en puños.

—¿Es un destino que todos deberíamos compartir a los diecisiete años, Profesor?

Un destello de seda azul hielo llamó mi atención. Liza entró en la habitación con expresión solemne.

—Escuché voces fuertes y... —Su mirada se dirigió a su prima y su garganta se balanceó mientras se tragaba su dolor—. ¿Necesita tomar un poco de aire fresco, señor Cresswell? No te has ido en... —Le lancé lo que pensé que era una mirada de incredulidad, pero debió haber sido más feroz. Ella levantó las manos—. Fue sólo una sugerencia.

Se acercó a los pies de la cama y observó con atención mientras el doctor Wadsworth controlaba el pulso de Audrey Rose. Yo lo había hecho unos momentos antes de que entraran en la habitación, todavía era demasiado lento. El doctor se tocó el bigote, una peculiaridad distraída que indicaba que estaba perdido en sus pensamientos. No necesité usar ninguna habilidad de razonamiento deductivo para saber que estaba preocupado. Además de la fractura en su pierna, Audrey Rose había perdido una cantidad significativa de sangre.

Me recosté en mi silla. Me imaginé que parecía listo para saltar a través de la habitación y arañar a cualquier intruso no deseado y traté de relajarme. Fijé mi mirada en la mano ilesa de Liza y arqueé las cejas. Con todo lo que sucedió en el escenario durante el final, había olvidado la amenaza que había recibido Wadsworth. La carta, acompañada de una prueba espeluznante, era una ilusión más lanzada por un artista del Moonlight Carnival. Otro truco sin sentido y una distracción.

—No pensé que fuera tu dedo —dije—. Apenas comenzaba a mostrar signos de rigor mortis. No habías estado perdida el tiempo suficiente para que se estableciera.

—¿Qué dedo? —Ella frunció el ceño—. No tengo la menor idea de a qué te refieres.

Mientras el doctor Wadsworth continuaba con su inspección médica, rápidamente informé a Liza sobre el dedo cortado que se había utilizado para

engaños a Audrey Rose. Expliqué metódicamente la nota, la amenaza y cómo fue diseñada para ponernos sumisos. Cuando terminé, se dejó caer contra el marco de la puerta y se llevó una mano a la frente.

—Pobre Audrey Rose —se las arregló finalmente, luciendo un poco enferma—. No puedo imaginar por lo que pasó. ¿De quién crees que era el dedo?

Me encogí de hombros, mi atención se desvió hacia la cama. La respiración de Audrey Rose tartamudeó antes de suavizarse de nuevo. Casi me lancé a su lado, pero me contuve.

—Se encontró otro cuerpo en la bodega de carga durante el final. Le falta un brazo entero, por lo que es lógico que se hayan utilizado partes de él. En efecto, yo...

—Thomas —advirtió el doctor Wadsworth—. Suficiente. ¿Has tenido éxito al ponerle algún tónico a Audrey Rose?

—Mínimo. —Me senté hacia adelante y me froté la frente—. Quizás algunos goteros llenos.

—Si no se mueve pronto, tendremos que considerar...

Conté hasta cien, mi enfoque se canalizó solo en esa tarea. No quería escuchar nada más y, finalmente, me quedé solo con la mitad moribunda de mi alma.

—Lo admito, si se despierta, esta vigilia podría deberse gracias a usted. ¿Ha dormido siquiera?

Miré hacia arriba bruscamente, todavía sintiéndome demasiado salvaje para tolerar a nadie, y mucho menos a este tonto imprudente.

—Es usted un ser humano péssimo.

El maestro de ceremonias arqueó las cejas.

—Suena como mi padre y mi hermano. ¿Por qué, exactamente, soy tan terrible ahora?

—Todavía está tratando de manipularla mientras se aferra a la vida. Todo lo que le importa es recolectar premios. Malditos fuegos del infierno, a usted no le importa lo que *ella* quiere.

—¿Es eso así? —resopló—. Vine aquí para ver cómo les estaba yendo a ambos, y eso es una manipulación. —Sacudió la cabeza—. Si así es como le gustaría verlo, soy un juego. Dígame, ¿cómo va el viejo dicho? «Ganando su mano». O «ganando su afecto» o... es un tipo inteligente. Puede ver el patrón aquí.

—El término operativo que usó es “viejo”. Ganar es una forma arcaica de ver el romance. Su corazón no es como una ronda de naipes barata. El amor no es un juego. Es una elección.

Una sonrisa desagradable se extendió por su rostro.

—Ahora tenga cuidado, señor Cresswell. Su inexperiencia se muestra. A las mujeres les gusta que las persigan. Las emociona.

—No voy a discutir sobre algo ridículo aquí, ahora. —Me acerqué y le aparté un mechón de cabello húmedo de la cara—. Si realmente la ama o siente afecto por ella, ¿por qué no prueba la honestidad? —Dirigí mi atención hacia él—. Le diré por qué. Porque teme que nadie se enamore del hombre detrás de la máscara. Entonces recurre al engaño y la ilusión. Maneja la manipulación y lo llama romance. Conseguir que alguien caiga con usted en las sábanas no es nada de lo que presumir. Usted es el que es terriblemente inexperto con el cortejo y el amor. Si alimenta a alguien con suficientes mentiras, por supuesto que se dejará llevar por ellas. ¿Por qué no querría a alguien que entendiera tu verdadero yo?

Apretó la mandíbula y miró con dureza.

—¿Qué le hace pensar que ella no conoce mi verdadero yo?

Resoplé ahora, sin dignarme a responder. Esperó más de una semana para confesarle su verdadero nombre. No podía imaginarme escondiéndome del mundo de manera más literal y figurada.

—Por supuesto, persígala si siente verdadero afecto —dije—. Pero hágalo como un hombre digno de recibir su amor. Sin trucos. Sin ilusiones. Despójese de sus mentiras y sea vulnerable. ¿Y si no puede manejar eso? No la merece.

Parecía estar considerando eso. Algo que no esperaba cruzó sus rasgos: arrepentimiento.

—Usted debe imaginarse bastante valiente. ¿Debería encontrar un caballo blanco brillante para que lo monte?

Le dirigí una mirada fría.

—Esto no es un cuento de hadas. No soy un caballero blanco ni un príncipe moralmente incorruptible.

—Si clamara ser cualquiera de esos, sabría una cosa con certeza.

—¿Y eso sería?

—Que es un villano y un mentiroso. Igual que yo.

Nos quedamos callados un rato después de eso. Se movió al otro lado de la cama, mirándola. Fue difícil descifrar la nueva expresión de su rostro. No sabía si estaba realmente arrepentido de sus acciones o si lamentaba no haberlas ocultado mejor.

—¿Nunca se cansa de ser tan admirable? —preguntó—. Es una forma tan aburrida de vivir. Corriendo, salvando damiselas en apuros.

—Si cree que hacer algo admirable es fácil o es algo natural, es más ingenuo de lo que pensaba —le dije en un raro momento de la verdad con él—. Lucho contra mi egoísmo innato porque la amo. Quiero ser mejor no solo para ella, sino también para mí. Quiero ser el tipo de hombre que se gana su confianza y amor, y luego trabaja para mantenerlo convirtiéndose en una persona aún mejor.

Mefisto me miró como si acabara de descubrir uno de los secretos máspreciados del universo. Cambió la expresión poco después, como si no hubiera querido exponer tanta vulnerabilidad, pero lo vi de todos modos. Tal vez él sería mejor ahora que lo sabía.

Audrey Rose se agitó y la pelea restante perdió mi atención. Mefistófeles no importaba. Su intento de cortejarla no importaba. Él era menos que nada en comparación con los extremos a los que iría solo para verla a salvo y feliz.

—Y ella difícilmente necesita un caballero para salvarla. Es más probable que venga y lo salve y luego lo golpee por ser un idiota —dije,



KERRI

THE DARK PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3.5

finalmente mirando hacia arriba. Pero el maestro de ceremonias había desaparecido una vez más.

KERRI

THE DARK PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5



Manos de un prisionero

30

Bookzinega

Becoming
THE DARK



TRES

**Enfermería
RMS Etruria
9 de enero de 1889**

La última vez que le revisé el pulso, hace cuatro mil, trescientos y setenta y ocho segundos, también mostró una mejoría. Ella estaba luchando.

—Se necesita que hables con Andreas —dijo. Antes de que pudiera discutir, continuó—: Liza está esperando afuera y se quedará con Audrey Rose mientras nosotros no estamos.

—Yo... —Quería ser la primera persona que ella viera cuando se despertara, pero era una locura egoísta. Necesitaba ayudar a interrogar al hombre responsable de los brutales asesinatos que habíamos estado investigando. Y el casi asesinato de Wadsworth. Le di un casto beso en la mano y seguí al doctor por el pasillo. Me dolían los músculos. Me di cuenta de que no me había movido en horas.

Viajamos hacia el interior del barco, pasamos por las habitaciones que contenían los contenedores del carnaval, más profundas que incluso la sala de máquinas. Pasamos junto a miembros de la tripulación que llevaban carros de equipaje por los pasillos desde donde, sin duda, serían enviados a hoteles y hogares de los ricos.

Cuando llegamos al calabozo, esperaba que fuera una jaula de suciedad parecida a una mazmorra. En realidad, era una celda pequeña con barrotes con una jarra de agua y un vaso, un catre pequeño, un cubo para la basura y una almohada y manta decentes. Andreas estaba tendido en el

catre, sin su máscara de carnaval. Apoyaba su cabeza rubia en una mano pálida y nos miró cuando entramos en la habitación.

—¿Bien? —preguntó, sonando aburrido. Aparentemente, no éramos muy divertidos para un asesino—. ¿Qué es lo que quieren ahora?"

Crucé los brazos para evitar atravesar los barrotes y estrangularlo.

—Hábleme del cuerpo en el contenedor.

Se encogió de hombros y se derrumbó sobre el catre.

—¿Qué pasa con eso? ¿No les he dicho exactamente por qué elegí a esas víctimas? ¿O estaba demasiado ocupado llorando por su mujer muerta para recordar los detalles?

Golpeeé los barrotes, el metal repiqueteó. El doctor Wadsworth me tocó el brazo, pero me aparté. Respiré hondo, despejando mi ira. No dejaría que me molestara. De nuevo.

—Recuerdo que es un cobarde. Fue víctima de circunstancias desafortunadas y, en lugar de llevar su queja ante los tribunales, decidió asesinar y mutilar a mujeres inocentes. No tuvo el coraje de pelear con los hombres a los que responsabilizó por la muerte de su prometida. —Sonréí mientras se deslizaba fuera de la cama, su rostro enrojeciendo a un tono poco saludable y sus puños apretados—. Creo que eso cubre la mayor parte. Ahora, responda mi pregunta. El cuerpo en el contenedor era diferente. Explique cómo se deshizo a esa víctima.

Se acercó a la jarra y se sirvió un vaso de agua, mofándose de mí todo el tiempo. Le devolví la sonrisa. No era yo el que estaba encerrado en una jaula. Y debería esperar no tener la desgracia de toparse conmigo mientras no estuviera seguro tras las rejas.

—La corté. Como los demás.

—¿Y el contenedor? —pregunté, mirándolo de cerca. Él estaba mintiendo. Extraño que ocultara la verdad cuando se mostró tan arrogante al compartirla antes—. ¿Por qué depositar su cuerpo allí?

Se quedó mirando el agua, sin mirarme a los ojos. Otro signo de deshonestidad. Había interrogado a muchos hombres culpables y casi todos tenían dificultades para mantener el contacto visual.

—Iba a... —Se pasó una mano por la cara—. No lo sé. No recuerdo haber hecho eso, pero si hay un cuerpo, debo haberlo hecho.

—¿Por qué robó los trozos de tela de esas habitaciones? —pregunté, entrecerrando los ojos.

Su mirada bajó a la izquierda antes de responder. Otra mentira.

—No lo hice.

—Miente —le dije, complacido cuando me frunció el ceño—. ¿Por qué tomarlos? ¿Tenían significado para usted?

—No —dijo, finalmente admitiendo la verdad. Él suspiró—. No significaban nada. Yo solo... los tomé. Disfruté de la forma en que se veían. Yo... yo quería que me hicieran un traje con ellos para el espectáculo.

Se lanzó a una historia sobre pequeños robos en Baviera y cómo fue un catalizador para unirse al Moonlight Carnival. Lo inspeccioné en busca de cualquiera de sus hábitos cuando mentía. No mostró señales de ellos. Cuando terminó, señalé con la barbilla al doctor Wadsworth. A menos que tuviera más preguntas, había terminado. Andreas no asesinó a la persona que se encontró en el contenedor, lo que significaba que teníamos un problema más importante que considerar.

Estábamos subiendo las escaleras al siguiente nivel cuando finalmente hablé.

—Tenemos un segundo asesino a bordo de esta nave, Profesor. Y su método de matar es...

—No. —Su tono no toleraba más discusiones—. Ya he hablado con el capitán y se niega a reconocer la posibilidad. Se lo mencioné a la policía y parecían más divertidos que cautelosos.

Inhalé profundamente cuando llegamos al siguiente nivel de la nave y seguí por el pasillo oscuro. No me sorprendía, nadie quería creer que otro Jack el Destripador fuera posible. Especialmente en su ciudad y tras otra tragedia indescriptible.

Al doblar la esquina, pasando la cámara que contenía los contenedores del Moonlight Carnival, Mefistófeles salió al pasillo y me hizo una seña.

Qué maravilloso. Otra oportunidad para cometer un asesinato antes de que terminara el día. El doctor Wadsworth hizo una pausa, mirando entre el maestro de ceremonias y yo, exigiendo en silencio que actuara como un caballero adecuado y no terminara en una celda adyacente a Andreas. Fue la petición más cruel que jamás había hecho, pero incliné la cabeza.

—He estado pensando en nuestra conversación —dijo Mefisto, cruzando los brazos una vez que el doctor estuvo fuera del alcance del oído. El traje de hoy era de un berenjena profundo con flecos plateados. Era horrible—. Yo... es posible que haya torcido un poco la situación. —Lo miré fijamente hasta que suspiró—. Normalmente estoy consumido con la elaboración de tratos y jugando un papel para las personas, yo... —exhaló, e incluso con su tonta máscara, vi a la verdadera persona detrás de los trucos y juegos—. Nunca debí haber hecho ese trato con ella, sabiendo que estaba enamorada de usted. Debí haber sido decente y ayudarla de todos modos, sin ataduras.

Fue más de lo que esperaba. A regañadientes lo respeté un poco más.

—¿Cuáles fueron exactamente los términos que usó?

—Le enseñaría juegos de manos y le daría acceso a los artistas, para que pudiera descubrir si el asesino era uno de los míos. —Extendió una mano y se frotó las uñas contra el pecho—. También podría haber endulzado el trato prometiendo separar a Liza y Houdini. Otra manipulación desplorable, pero la justifiqué por el bien general que haría. Liza necesitaba volver a casa con su familia; esta vida de carnaval no es para ella. Por mucho que respeto a Houdini, no quería verla desperdiciar toda su vida.

—Y a su vez, ¿qué recibía usted, exactamente? ¿Acceso a Audrey Rose? —Entrecerré los ojos, midiéndolo rápidamente—. Ah. De verdad quería que ella resolviera el misterio, ¿no es así?

Me dio una sonrisa perezosa.

—Por supuesto que lo hacía. Y no dolía que quisiera besarla desesperadamente. Me porté mal. No volveré a repetir ese acto. —Se enderezó e hizo aparecer dos boletos de la nada—. Para usted y la señorita Wadsworth. Si ambos quieren volver a visitar el espectáculo, háganlo de forma gratuita. Lo prometo, nada de asesinato, nada de tratos indeseables. Ofrezco solo amistad de ahora en adelante. Para ambos.

KERRITHE DARK
PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5

Tomé los billetes y los metí en mi chaleco.

—Audrey Rose todavía está... —No me atreví a decirlo—. ¿Va a esperar y despedirse?

Se quitó la máscara y la arrojó de nuevo a la habitación. Sin ella, vi que estaba mucho más cerca de mi edad. Quizás solo unos meses mayor. Me pregunté por el camino que había tomado su vida, los problemas que debió haber enfrentado para perder el sentido de la moralidad cuando aún era joven. Él y yo no éramos tan diferentes. Quizás *podríamos* ser cordiales algún día. Ciertamente parecía tan solo como yo lo había sido.

—Creo que es lo mejor si le transmite mis saludos —dijo, finalmente encontrando mi mirada—. Por lo que vale, lamento cualquier agravio que le he causado, señor Cresswell. Si bien su puesta en escena necesita una gran mejora —dijo, su sonrisa volviendo a su lugar—. Aprecio su sinceridad. Si alguna vez necesita mi ayuda en el futuro, sepa que me gustaría ofrecérsela.

35

Becoming
THE DARK



CUATRO

**Enfermería
RMS Etruria
9 de enero de 1889**

Un momento estaba perdido en pensamientos desolados, culpándome por lo que le sucedió a Audrey Rose, y al siguiente, sus párpados se agitaron. Le tomó un momento abrir los ojos por completo y soltó un sonido de sorpresa cuando me incliné sobre la cama y tomé su mano.

Su expresión se iluminó tanto como pudo, luego se desvaneció rápidamente mientras su mirada vagaba sobre mí. Sabía cómo me veía. Ojos, inyectados en sangre. Cabello, desorganizado. Expresión, salvaje. Habían sido las veinticuatro horas más largas de mi vida.

—Pensé... —Tomé su mano como si la fuerza la mantendría aquí, en esta habitación y en este mundo, por la eternidad—. Pensé que te había perdido para siempre, Wadsworth. ¿En qué demonios estabas pensando?

Ella frunció las cejas, aparentemente luchando por recordar los eventos del último día y medio.

—¿Qué pasó?

Casi te matas por mí. Recibiste un cuchillo en el fémur. Casi me arrancaste el corazón del pecho mientras agonizabas. Inhalé profundamente.

—¿Aparte de que corriste a salvarme de una muerte segura? ¿Recibiendo un cuchillo precariamente cerca de su arteria femoral? —Negué con la cabeza, recomponiéndome. Ahora no era el momento de enfadarse por actos tontos. Apreté la mandíbula—. La hoja entró tan profundamente que se golpeó el hueso, Audrey Rose. Tu tío pudo quitártela mientras Mefistófeles y yo te sujetábamos, pero no podemos estar seguros de cuánto del hueso se fracturó. Hasta ahora, no creemos que esté destrozado.

Ella se estremeció. Apreté los dientes, pensando que su dolor había reaparecido al mencionarlo. Mi madre solía quejarse de dolores y molestias, y su expresión era similar. Daría cualquier cosa por quitárselo, para rebobinar el tiempo y evitar que fuera mi heroína a su pesar.

—Suena como si todos hubieran estado ocupados —dijo, intentando ligereza—. ¿Qué día es hoy?

—Has estado inconsciente solo una noche. Llegamos al puerto de Nueva York. —Quería decir más, decirle lo desesperadamente fuera de control que me había sentido, cómo mis emociones casi robaron todo el sentido de la razón y la lógica, pero en cambio me concentré en dibujar pequeños círculos en su mano. El movimiento me tranquilizó casi tanto como a ella le pareció tranquilo—. Andreas lo confesó todo.

Ella se quedó callada por un momento.

—¿Incluso el cuerpo encontrado en el contenedor? —Asentí—. ¿Explicó por qué esa víctima era diferente a las demás?

Me concentré en la manga de su bata, retorciendo la tela en sus muñecas. Quizás era un mal momento para discutir temas estresantes. Se acababa de despertar después de veinticuatro horas de estar inconsciente. Realmente era un idiota que no sabía nada de la gente.

—¿Thomas? —preguntó, su voz suave—. Estoy bien. No tienes que tratarme ahora como si estuviera hecha de porcelana.

Como si no fuera la persona más valiente o fuerte que conocía.

—No eres tú —dije, dejando ir un suspiro. Nunca era el momento adecuado para hablar de un asesinato, pero Audrey Rose podía manejar lo que iba a decir a continuación. Incluso si yo no estaba listo para hacerlo—. Cuando le preguntamos a Andreas sobre ese crimen, afirmó no tener conocimiento de él. Está en el calabozo hasta que los detectives-inspectores vengan a buscarnos. Todavía no están seguros de dónde se enfrentará al juicio, ya que la mayoría de sus delitos ocurrieron en el mar. Es posible que tengamos que regresar a Inglaterra.

Ella me miró como si no pudiera entender esa complicación. Aunque quizás estaba empezando a ver emerger el mismo patrón que yo.

—Pero ¿por qué no habría confesado...

—Tu tío y yo creemos que es posible que haya un segundo asesino a bordo —dije, explicándolo con rápida precisión. A veces, un corte limpio era lo más amable—. Los pasajeros ya han comenzado a desembarcar, así que, si Andreas no cometió ese asesinato, entonces...

—Entonces acabamos de entregar a un asesino inspirado en el Destripador en Estados Unidos.

Sus ojos se agrandaron cuando la comprensión hizo clic en su lugar. Ninguno de los dos habló. Solo podía imaginar los pensamientos corriendo por su mente, los miedos. Los recuerdos sobre su hermano de los que estaba tratando de escapar. Había pasado la mayor parte de las últimas horas tratando de encontrar otro escenario potencial, pero había fallado.

De hecho, cuanto más contemplaba las escenas del crimen, más me concentraba en los detalles, quedaba sorprendentemente claro que eso fue precisamente lo que sucedió. Tenía pocas dudas de que un Destripador estadounidense estaba acechando las calles de Nueva York en este mismo momento.

—Por ahora —dije—, esperemos que estemos equivocados y Andreas simplemente no se sienta dispuesto a cooperar.

Wadsworth salió de su ensueño y se encontró con mi mirada. Sabía que era mentira, pero no insistió en el tema. Quizás ambos queríamos permanecer perdidos en el mundo de la simulación que el Moonlight Carnival había traído a nuestras vidas. Al menos por ahora.

—¿Fue él quien robó la tela? —preguntó—. ¿O fue un crimen no relacionado?

—Admitió haberla robado, aparentemente es un ladrón de poca monta cuando no asesina por venganza. Es un viejo hábito que trajo de Baviera. Solía robar ropa a la gente a la que le decía el futuro. Una mujer reconoció una prenda que faltaba y lo denunció a la policía, por lo que se fue y se unió al carnaval.

—Hablando de eso... ¿qué pasa con el Moonlight Carnival? —vaciló un momento—. ¿Cómo están Mefistófeles y Houdini?

—Ambos se despidieron de ti. —Me impresionó lo suave que sonaba mi voz, aunque mi corazón era otro asunto. Mantuve mi expresión neutral mientras la inspeccionaba en busca de signos de decepción. Personalmente,

creía que Mefisto debería ser enviado al extremo opuesto del continente hasta que resolviera sus problemas, pero si ella estaba molesta por su ausencia...—. Mefistófeles envía sus disculpas y dos entradas para su próximo espectáculo, sin cargo. —Su sonrisa era difícil de descifrar—. Él y Houdini dijeron que no queríamos perdernos en lo que están trabajando, que será...

—¿Espectacular? —suministró ella, esa misma mirada sardónica en su rostro. No tenía ni idea de si estaba encubriendo alguna tristeza, o si estaba realmente bien con la rápida partida del maestro de ceremonias, pero me reí de todos modos.

—Por su bien, eso espero. Tienen que encontrar algo para distraer de los múltiples asesinatos cometidos por su afamado adivino. Aunque, conociendo a Mefisto, encontrará la manera de trabajar con ello. La infamia es un atractivo para la mayoría. A todos nos fascina lo macabro. Deben ser nuestras almas humanas oscuras y retorcidas.

—Me alegro de que haya terminado —dijo—. Espero sinceramente que las familias estén en paz.

Asentí, pero ella estaba perdida en sus pensamientos privados, lo que me llevó a preguntarme una vez más cuánto habría preferido elegir un camino diferente para ella.

—¡Liza! —Dio un tirón hacia adelante, haciendo una mueca, luego se desplomó hacia atrás, sacándose de mis preocupaciones—. ¿Dónde está ella? ¿Está bien? Por favor, dime que está viva. No puedo soportar esto.

Le indiqué que se inclinara hacia adelante y moví las almohadas para apoyarla mejor. La empujé suavemente hacia atrás, sin encontrar resistencia por su parte mientras se recostaba contra ellas. Algo de la tensión se alivió de las líneas alrededor de su boca.

—Ella está bien. Andreas la drogó y la encadenó en sus habitaciones. Pero se está recuperando. Mucho más rápido que tú.

Soltó un suspiro y se dejó caer más contra las almohadas.

—No estoy preocupada por mí.

Por supuesto que no lo estaba. Ella nunca se preocupaba por sí misma. Conté hasta veinte.

—Pero yo lo estoy. Hay algo más que debes saber... sobre tu lesión. — Preferiría ser barrido sobre brasas antes que dar esta noticia. Me quedé mirando mis manos inútiles. Había estado atado e incapaz de bloquear ese maldito cuchillo—. Podrás caminar, aunque es posible que tengas una cojera permanente. No hay forma de determinar cómo sanará.

Y temía que eso le recordara para siempre la terrible decisión que había tomado. Un repentino y abrumador ataque de culpa se apoderó de mí. Lo tragué. El aire pareció espesarse. Fui a tirar de mi cuello, para aliviar el miedo que seguía arrastrándome con sus garras por la garganta. Quizás ella asociaría para siempre mi presencia con su herida. Quizás el solo hecho de verme era preocupante. Mi vida comenzó y terminó en los pocos latidos que le tomó responder. Ella sonrió tentativamente.

—El precio del amor no es barato —dijo—. Pero el costo vale la pena.

Me levanté de mi asiento, incapaz de controlar más mis emociones, y solté sus manos. Si no me iba ahora, solo haría esto más difícil. El amor nunca debería costarle algo a alguien. Debería ser un intercambio gratuito. Lo que pasó... ella casi se destruyó por mí. Yo no valía todo eso.

—Deberías descansar ahora. —No pude encontrar su mirada inquisitiva de ojos verdes, aunque la sentí en mí como un golpe físico—. Tu tío llegará pronto para discutir los arreglos de viaje. Y sé que Liza también ha estado pisando fuerte afuera.

Me moví rápidamente a través de la habitación antes de perder el valor para hacerlo.

—Thomas... —dijo, su voz suave, herida—. Qué...

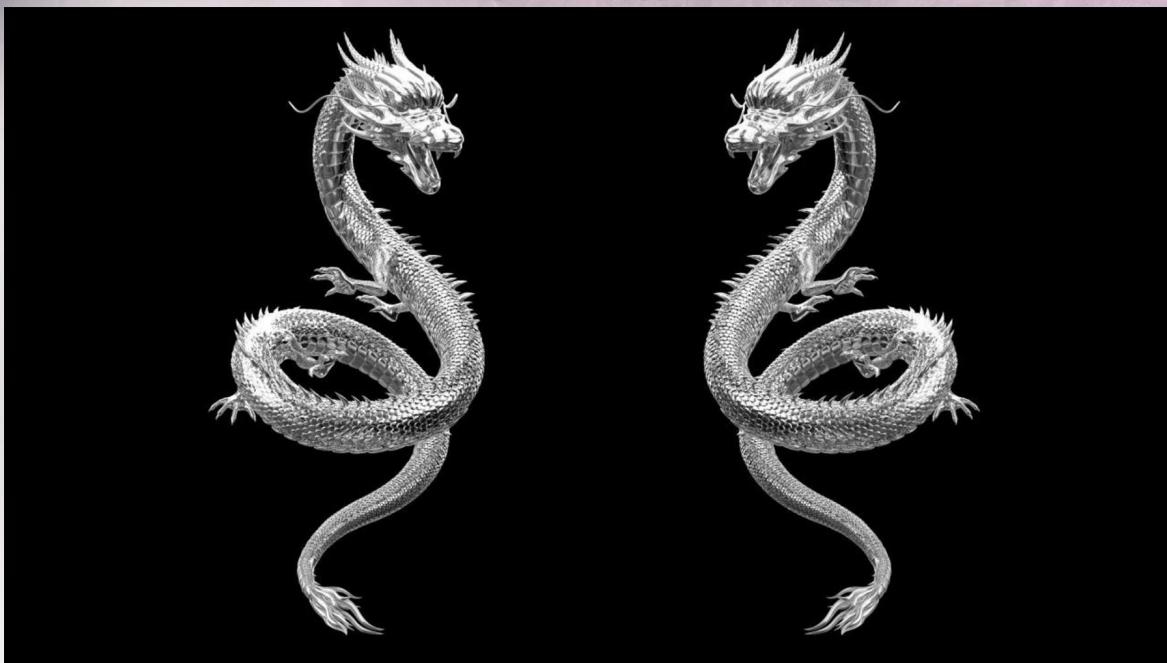
—Descansa, Wadsworth. Volveré pronto. —Agarré mi sombrero y mi abrigo, necesitando estar afuera con el viento helado aclarando mis pensamientos. Tomó toda mi voluntad colectiva, pero logré salir de la habitación sin dar la vuelta. Ella necesitaba deshacerse de mí, yo era como una toxina que se movía lentamente, corrompiéndola lentamente con el tiempo. Irme fue la acción más desinteresada que jamás había tomado, y me sentí miserable.

KERRI

THE DARK PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5



Puños de dragón

41

BookzInga

Becoming
THE DARK



KERRI

THE DARK PRINCE

Stalking Jack the Ripper #3.5

MANISCALCO



**Cubierta de primera clase
RMS Etruria
9 de enero de 1889**

Me agarré a la barandilla, ignorando el mordisco de la temperatura casi helada del metal, y me concentré en contar a cada pasajero que desembarcaba. Llegué al cincuenta y dos antes de echarle un vistazo a Audrey Rose. Su atención estaba obstinadamente fija en la multitud de abajo, el músculo de su mandíbula tan tenso como su postura. Quería envolverla en mis brazos, presionarme contra ella, inhalar su aroma floral y besarla hasta que volviera a mí desde ese lugar frío y distante al que se había retirado. Pero quería que ella eligiera su camino, Mefisto o yo, sin interferencias.

Incluso si eso me mataba.

Su aliento pausó y mi determinación de darle espacio se rompió.

—Pronto estaré contigo de nuevo, Wadsworth. Ni siquiera sabrás que me he ido.

Me quedé quieto, esperando a que ella lo negara. Que me llamara tonto. Que exigiera que me quedara. Ella no lo hizo. En cambio:

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—El hecho es que me necesitan aquí, en Nueva York, como representante de tu tío. —Inhalé profundamente y me obligué a seguir mirando a los pasajeros. Necesitaba dejarlo ir—. Me uniré a ustedes tan pronto como pueda.

Por el rabillo del ojo, vi una lágrima en su mejilla.

Mi resolución se resbaló.

Ella se la quitó con enojo, dejándome adivinar sus emociones exactas.

Stalking Jack the Ripper #3,5

—¿No se supone que debes decir algo como: “Te extrañaré terriblemente, Wadsworth. Estas próximas semanas serán una especie de tortura lenta, estoy seguro”. O alguna otra broma Cresswell?

La batalla que había estado librando cesó. Me enfrenté a ella, haciendo todo lo posible por controlar mis emociones.

—Por supuesto, te extrañaré. Se sentirá como si mi corazón fuera expulsado quirúrgicamente de mi pecho en contra de mi voluntad. —Tomé otra respiración profunda—. Prefiero que me atraviesen con todas las espadas del arsenal de Jian. Pero esto es lo mejor para el caso.

Si lo repitiera con suficiente frecuencia, pronto podría creerlo. La expresión esperanzada de su rostro se desvaneció. No estaba seguro de si era la mención de un cuchillo tan pronto después de su herida o si la mención del caso la había molestado.

—Entonces le deseo lo mejor, señor Cresswell. —Su voz estaba entrecortada. La agudeza cortó mi corazón dolorido—. Tienes razón. Estar molesta es una tontería cuando nos volveremos a encontrar pronto.

Quería alcanzarla. Atraerla a mis brazos y luchar por su amor. Pero hacer eso iría en contra de todo lo que le había prometido antes. No la manipularía de ninguna manera. Sin embargo, una extraña sensación se enroscó en mi centro, golpeando mi conciencia. Algo no me sentaba bien en esto, no podía escapar de la preocupación de haber pasado por alto un punto válido.

Dudé, repitiendo los últimos momentos en mi mente, tratando de descifrar cada matiz de expresión, cada cambio de tono. Tenía que estar pasando algo por alto...

—¿Señor Cresswell? —Un detective se aclaró la garganta cortésmente, destruyendo lo último de nuestro tiempo juntos. No pude evitar sentir que había estado cerca de descubrir un punto importante y escondí mi irritación. Aparté la mirada de Audrey Rose y lo enfrenté—. Estamos llevando los cuerpos a tierra ahora. Requerimos su presencia de camino al hospital.

Una parte de mí quería decirle que siguiera adelante sin mí. Necesitaba un momento más para resolver esto. Excepto que no estaba seguro de que otro momento importara. No me atrevía a preguntarle

directamente a Wadsworth si deseaba seguir un cortejo con Mefistófeles. Y no pensé que otros sesenta segundos me ayudarían a resolver el enigma de su mal humor.

El oficial esperó cortésmente.

Asentí, el movimiento se sentía mecánico mientras mi mente giraba en otras direcciones.

—Por supuesto —me escuché estar de acuerdo—. Quedo a su disposición.

El detective sonrió a Audrey Rose y volvió a desaparecer por la puerta. No me atreví a apartar la mirada. No quería enfrentarme a la realidad de nuestra situación. Estaba en territorio peligroso, un pequeño indicio de lastimarla y nunca podría seguir adelante con irme. Apagué toda emoción, congelando ese calor abrasador en mi interior. No sería yo quien le hiciera esto más difícil. Ella tenía todo el derecho a elegir su propio destino.

Y yo tenía todo el derecho a cerrarme y protegerme del dolor.

—Adiós, señorita Wadsworth. —Sentí que mi compostura se rompía junto con mi corazón—. Ha sido un placer absoluto. Hasta que nos encontremos de nuevo.

Necesitaba moverme rápido, pero no podía obligarme a actuar. Había una abrumadora sensación de que esto no estaba bien, pero no tenía idea de si era el monstruo dentro de mí, furioso por perder esta batalla. Incliné mi sombrero, desesperado por robar un segundo más, luego ordené a mis piernas a que se movieran. No sé lo que esperaba, tal vez que ella gritara, me maldijera o bloqueara mi camino. Que me dijera que era un idiota y luego me besara hasta que ambos recobráramos nuestros sentidos. Me di cuenta de que mi vacilación era esperanza. Esperanza de que ella hiciera alguna de esas cosas. Pero no lo hizo.

Me atreví a mirarla por última vez al pasar. Ella asintió con la cabeza y frunció los labios. No habría amplias declaraciones de amor. Ella me estaba dejando ir. La realidad se estrelló contra mí y luché contra un curioso alzamiento en mi estómago. Avancé de nuevo, deteniéndome en el marco de la puerta. Mis dedos tamborilearon con un familiar ritmo entrecortado. Uno, dos, tres, uno, dos, tres. Egoísmo. Eso era parte de la bestia burlándose de mí ahora. No me sometería a ese monstruo. No por ella ni por nadie.

Stalking Jack the Ripper #3,5

Me empujé hacia el pasillo y corrí escaleras abajo, mi pulso latía al ritmo del sonido de mis zapatos golpeando los escalones. Si corría lo suficientemente rápido, tal vez descubriría una fórmula para escapar del corazón roto.

Llegué hasta los muelles antes de darme cuenta de lo idiota que era. El amor era noble. Pero también un luchador. No claudicaba y se escapaba. No se rendía ante un imbécil pomposo en trajes de lentejuelas con una moral abismal. Sería el peor socio si no luchara contra alguien así. Decirle a Wadsworth cuánto la amaba no era egoísta en absoluto. Todo lo contrario. El oficial agitó una mano frente a mi cara.

—El recinto está abajo...

—Tengo un asunto urgente que atender —le dije, sin lamentarme en absoluto por interrumpirlo—. Lo veré en la morgue en dos horas.

En lugar de esperar una respuesta, prácticamente di la vuelta a la manzana, moviéndome tan rápido como lo permitían las calles abarrotadas. Carruajes retumbaban sobre los adoquines, mujeres con gorros y hombres con elegantes trajes pasaban. Rápidamente examiné las tiendas, recordando que Lord Crenshaw mencionó una tienda en este vecindario que hacía algo que necesitaba. Tres puertas más abajo, la encontré. *Bastón Revolucionario*. Un juego de palabras extrañamente bíblico², pero inteligente de todos modos.

Una campana sonó arriba cuando empujé la puerta para abrirla. Un anciano tan nudoso como la madera que estaba tallando me miró de arriba abajo.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Eché un vistazo a la pequeña habitación. Bastones con puños en forma de serpientes, águilas, grandes bestias como leones y elefantes... y una hermosa rosa de ébano. Lo saqué del perchero y me dirigí hacia el anciano.

² En inglés, el nombre de la tienda es *Raising Cane*, lo cual es un juego de palabras con la frase idiomática «raising Cain», cuyo significado es causar revuelo o alboroto. El término Cain se refiere al primer hijo de Adán y Eva en el antiguo testamento, de ahí el comentario de Thomas sobre la referencia bíblica. Al traducir, dicha referencia pierde el sentido.

—También necesito un bastón personalizado. Me gustaría el puño de la cabeza de un dragón. En palisandro, si puede asegurarlo.

El hombre asintió con la cabeza y sacó un diario andrajoso, sacando un lápiz de detrás de la oreja.

—¿Cuánto mide?

Fruncí las cejas.

—Un poco más de ciento ochenta y seis centímetros.

Él puso los ojos en blanco.

—En inglés, chico.

No me molesté en señalarle que le *estaba* dando la métrica inglesa. Hice un cálculo rápido.

—Seis pies, una pulgada. Pero el bastón no es para mí —agregué, bajando mi mano a la altura precisa—. Es para alguien que está por... —calculé mentalmente la estimación—, cinco pies, cinco pulgadas.

—Bueno. —El hombre asintió—. ¿Su mujer?

Abrí la boca, listo para soltar una letanía de razones por las que esa frase era ofensiva, pero suspiré.

—Mi compañera. Ella resultó herida durante una pelea con cuchillos.

Parecía extrañamente impresionado cuando regresó a su libreta. Mientras tomaba notas, caminé por la habitación, inspeccionando la artesanía de sus bastones. Todos eran hermosos. Tosió y me llamó.

—¿Qué piensa de esto?

Dio la vuelta a su libreta, mostrando un rápido boceto de su diseño. Fue casi perfecto.

—¿Le importa? —pregunté, señalando el lápiz. Sacudió la cabeza y me lo entregó. Envolví el cuerpo del dragón alrededor de la parte superior del bastón. Luego agregué dos rubies donde estaban los ojos. Mi oda a mi dragón favorito en nuestro hogar rumano: Henri. Dibujé una hoja de estilete en el extremo opuesto y luego volví a girar el bloc de notas—. ¿Puede fabricarlo de modo que al empujar el ojo de rubí suelte una cuchilla oculta?

KERRITHE DARK
PRINCE

Stalking Jack the Ripper #3,5

MANISCALCO

Frunció el ceño un poco, considerándolo.

—¿Ella se meterá en otra pelea con cuchillos?

Lo pensé por una fracción de segundo.

—Todo es posible. —Sonreí—. ¿Puede hacerlo?

—Claro que puedo, muchacho. —Parecía levemente insultado—. Pero Roma no se construyó en un día. Deme una semana o dos.

Pagué el bastón de puño de rosa y dejé un depósito y una dirección para la entrega del personalizado. El palisandro era un tributo a mi madre, el dragón un guiño a mi herencia Drácula. Esperaba que a Audrey Rose no le importara llevar consigo un símbolo de mi hogar, porque esperaba sinceramente que aceptara ser miembro de él.

Con mi negocio completo, dejé la tienda y volví corriendo al *Etruria*, esperando que no fuera demasiado tarde para decirle a la chica que amaba lo mucho que significaba para mí.



**Cubierta de primera clase
RMS Etruria
9 de enero de 1889**

—Pero, ¿qué pasa si se va a causa del accidente? —La voz de Audrey Rose sonaba tan frágil. Me costó una enorme cantidad de esfuerzo contenerme mientras caminaba detrás de ella. ¿Cómo podría temer eso? Tragué un nudo en mi garganta y Liza finalmente me vio por encima del hombro de su prima. Sus ojos se abrieron un poco. Me llevé un dedo a los labios, esperando que no revelara mi presencia todavía—. ¿Y si él...

—Disculpa —dijo Liza, asintiendo con la cabeza al extremo opuesto del barco—. Creo que veo a la señora Harvey saludando todo el camino hasta aquí. Debo ir a verla de inmediato.

Ahogué mi risa. Liza era muchas cosas, pero una actriz no era su mayor talento.

—¿Honestamente? —Audrey Rose se frotó la cara y, sin ver su expresión, pude imaginar lo molesta que estaba. Una parte de mí quería abrazarla y la otra parte quería reír. En ese momento exacto, se giró, la molestia era prominente en sus rasgos hasta que su mirada encontró la mía. Parpadeó, como si no estuviera segura de que yo fuera real, luego negó lentamente con la cabeza ante la forma en retirada de su prima. Una lágrima se deslizó por su rostro. Seguida de otra. Cualquier broma con la que había estado a punto de deslumbrarla me abandonó mientras trataba de descifrar la fuente de sus lágrimas. Era difícil descifrar si estaba complacida o enojada con mi llegada repentina.

—Cresswell. —Su barbilla se elevó y mi malvado corazón se aceleró—. Pensé que tenías negocios que atender.

Su tono estaba mezclado con una ira que no había anticipado.

—Los tenía. Verás, le pregunté a Lord Crenshaw dónde había hecho un bastón tan hermoso cuando tu tío y yo realizamos nuestra última entrevista. Imagínate mi sorpresa cuando dijo que lo había comprado aquí en Nueva York. En realidad, hay una tienda en la misma cuadra. —La distancia entre nosotros era insoportable. Di un paso más cerca mientras señalaba la calle—. Creo que esta rosa supera a la que Mefistófeles trató de darte.

—Yo... —Frunció el ceño, claramente sorprendida por mi encanto e ingenio—. ¿Qué?

Quizás no del todo aturdida todavía. Tiré el bastón y lo agarré con mi mano opuesta, cayendo con gracia sobre una rodilla mientras le ofrecía el regalo y mis disculpas. La estudié cuidadosamente mientras ella miraba el bastón. Parpadeó dos veces más y tragó rápidamente. A ella le encantaba o yo realmente le recordaba su lesión y la molestaba. De repente, el aire se volvió demasiado denso para respirar. Luché por alejar el miedo de mi rostro.

Thomas, es...

Si ella decía que lo detestaba, podría tirarme por la borda por ser tan tonto.

—¿Casi tan hermoso como yo?

Su risa fue cálida e inmediata, y la expresión eufórica de su rostro calmó mis nervios.

—En efecto.

Pensé en las últimas dos horas. Los últimos diez días. Tendríamos que ser honestos con nuestro corazón de ahora en adelante. No más muros.

—Nuestro trabajo siempre será importante para cada uno de nosotros. Pero tienes todo mi corazón, Wadsworth. No importa qué. La única forma de quitártelo es con la muerte. E incluso entonces, lucharé con cada parte de mí para mantener tu amor cerca. Ahora y para siempre.

Ella levantó la mano lentamente, luego pasó sus dedos por mi cabello. Nunca nada se había sentido tan bien. Casi me incliné hacia su toque, peleando una batalla perdida mientras cerraba los ojos.

—¿Sabes? Creo que esta es la rosa más preciosa que he recibido.

—Mi truco de magia también fue bastante impresionante. ¿Crees que Mefistófeles me aceptará? Podría practicar. En realidad, *deberíamos* actuar juntos. —Ofrecí mi brazo y comenzamos a caminar por la cubierta de paseo, con suerte hacia un futuro compartido. Me abracé a ella y presté mucha atención a cómo nos movíamos. No quería que se lastimara más porque estaba absorto en mí mismo—. ¿Qué opinas de “Los Sorprendentes Cressworth”? Tiene un sonido agradable.

—¿“Cressworth”? ¿De verdad combinaste nuestros nombres? ¿Y por qué tu nombre va primero? —Hizo una pausa lo suficiente para ofrecer una sonrisa burlona. Una chispa se encendió en mi centro y de repente me invadió una nueva sensación. Amor profundo e inquebrantable—. Creo que la parte más sorprendente de nuestro acto sería no adormecer al público con tu ingenio.

—Mujer diabólica. ¿Qué nombre sugieres?

—Hmm. Supongo que tenemos mucho tiempo para resolverlo.

—Mmm. Hablando de eso, he estado pensando.

—Siempre es algo problemático.

—En efecto. —Ya no podía evitar acercarme a ella, esperando no separarme de ella nunca más—. Hemos estado al acecho en los callejones de Londres, exploramos laberintos de castillos llenos de arañas, sobrevivimos a un carnaval letal... —Me acerqué lo suficiente para que nuestros labios se tocaran, si ella quería. Recé para que ella quisiera que lo hicieran—. Quizás ahora podamos probar una de mis sugerencias. ¿Puedo ofrecer...?

—Solo bésame, Cresswell.

Le di una lenta sonrisa antes de acercar mi boca a la de ella.

Quería que fuera dulce, que simbolizara amor y disculpa, pero ella tenía otras ideas que yo estaba más que feliz de complacer. Agarró mi solapa con su mano desocupada, acercándose más. Sus labios se separaron ligeramente, invitando a mi lengua a acariciar la suya.

Acepté, probándola por completo, dejándome llevar por la sensación de que ella se sentía cálida, brillante y viva bajo mi toque.



SIETE

**Sala de estar
Quinta avenida, Ciudad de Nueva York
13 de enero de 1889**

El sol se derramaba sobre la alfombra turca del salón de Lady Everleigh como una botella de brandy volcada. Su calidez me llenó casi tanto como se sabía que hacía el espíritu. Wadsworth y yo estábamos disfrutando de una tarde de lectura. Habían sido cuatro días de ocio en la casa de su abuela, y no podía tener suficiente de pasar tiempo con ella, haciendo las cosas más mundanas. A ella la consumía alguna revista científica sobre ingeniería, y yo disfrutaba mucho la primera de un nuevo romance de uno de mis autores favoritos. Lo único que faltaba era el cariño de una pequeña mascota. Yo tenía debilidad por los gatos, pero los perros también eran agradables. No estaba seguro de si era posible estar más contento, pero...

—Tenemos que hablar de Mefistófeles.

Y ahí fue mi día. Cinco palabras que me gustaría borrar para siempre del mundo. Esbocé una sonrisa perezosa y dejé mi libro. Podía ser racional y cortés, especialmente después de la rama de olivo que el maestro de ceremonias me había ofrecido antes de partir. Estaba casi seguro de ello.

—Muy bien. Yo iré primero. —Ella pareció vacilante ante mi tono entusiasta, pero asintió. Mi sonrisa se ensanchó—. Si crees que existe un universo en el que no he fantaseado con cien formas diferentes en que me gustaría probar mis bisturíes en él, no creo que me conozcas en absoluto, querida Wadsworth. Nunca he deseado derramar sangre como lo hice cuando vi lo que trató de hacerte. Listo —exhalé ruidosamente—. Me siento mucho mejor.

Me di cuenta de que tenía las manos en puños y me concentraba en estabilizar mis emociones. Respiré hondo y eché los hombros hacia atrás. Cuando la miré de nuevo, esperaba ver miedo. Había roto un muro que

Stalking Jack the Ripper #3,5

había estado construyendo durante casi una década, y todas las partes feas de mí ahora estaban expuestas. Me sorprendió ver la ternura en sus rasgos. Bien podría revelar a la bestia completa ahora. Ella tenía derecho a verme en mi peor momento y luego decidir si se iba.

—Solo puedo imaginar el dulce sabor de la alegría que traería, destruyendo lo que trató de destruirme. Todos los días lucho para mantener a ese monstruo enjaulado. Sería demasiado fácil sucumbir a esos deseos y matar a todos los que me irritaban.

Esperé a que saliera disfrazada de la habitación, agarrara su bastón y me golpearla con él mientras gritaba sobre un loco sentado en la sala de su abuela. Se sentó estoicamente, su expresión pensativa. Definitivamente no era la reacción que esperaba.

—Ya que estamos siendo brutalmente honestos. Hay algo... —Su voz se fue apagando mientras giraba el anillo de su madre. Inmediatamente comencé a resolver ecuaciones en mi cabeza, con la esperanza de distraerme de lo que fuera que estuviera a punto de decir. Respiró hondo y se encontró con mi mirada—. Ayden me besó. La noche que tú y yo discutimos. Fue solo por un segundo, y me aparté... pero... —Se miró las manos—. Si te sirve de consuelo, pensé en golpearlo.

Los números en mi cabeza cesaron, luego se hicieron añicos. La habitación se volvió inquietantemente silenciosa excepto por el incesante latido de mi corazón. No me sorprendía que hubiera tratado de aprovecharse de ella. Tampoco estaba enojado con ella. Estaba furioso porque él había esperado a propósito hasta que ella fuera la más vulnerable para meterse en su corazón. Fue el movimiento de un cobarde. Cerré mi mandíbula para evitar decir algo incorrecto. Cuando ella miró hacia arriba, se puso rígida.

—Di algo por favor.

Inhalé profundamente. Quería aligerar la situación, pero tarde o temprano tendríamos que tener una discusión real.

—Él es una persona terrible. —Sonréí a medias, contento de ser tan amable. Wadsworth frunció el ceño—. Se aprovechó de tu inexperiencia. Creó una situación en la que podía deslizarse en el papel de consolador y héroe, mientras creaba el caos que te puso en ese camino. No estoy enojado contigo, Wadsworth. Pero me encantaría golpear a Mefisto con un bastón por ser tan canalla, incluso si él hizo las paces conmigo.

Me estudió con atención, su mirada fría y afilada como una espada.

—¿Quéquieres, Thomas? —preguntó, su barbilla sobresaliendo hacia arriba—. Sin bromas ni ocurrencias. Dime lo que realmentequieres.

Su pregunta me sorprendió al responder sin contenerme.

—Te deseo. Quiero darte placer, tanto mental como físicamente, todo el día y todas las noches por el resto de nuestras vidas. Quiero ser la razón por la que sonrías. —Vi como un ligero rubor subió por su cuello, complacida. Ella también anhelaba eso, al parecer—. Quiero pasar horas y años de mi vida descubriendo formas de hacerte feliz. Quiero que sientas lo mismo por mí. No porque te lo haya exigido, sino porque cada parte de ti me anhela. Quiero que nuestra pasión encienda el mundo que nos rodea, haciendo que incluso las estrellas se pongan celosas.

Ella no parecía estar respirando. Me preocupé de haber ido demasiado lejos cuando preguntó en voz baja—

—¿Hay más? ¿Qué pasa con la ira? ¿Crees que podemos ir más allá de mis errores?

Consideré mis emociones con precisión. Era hora de desnudarme.

—Odio que exista la posibilidad de que te preocunes por alguien más. Nunca he despreciado algo más en toda mi existencia, pero me niego a convertirme en el monstruo que mi padre cree que soy. Nunca me impondré sobre ti, incluso si alguna bestia salvaje e indómita se agita dentro de mí, rogando por la oportunidad de destruir a alguien o cualquier cosa que pueda robarte.

—No soy un artículo para ser robado, Thomas.

—Ciento. Pero nunca conocí los celos hasta que me los presentaron a bordo del *Etruria*. Quiero negarlo, fingir que soy una máquina perfecta e insensible a la que no le importaba, pero esa es una mentira viciosa. Me importaba. Me importaba tanto que quería golpear una pared, por insensato e idiota que fuera. Consideré empujar a ese pomposo idiota del maestro de ceremonias de la cubierta, sabiendo que me regocijaría en su ahogamiento. Me dio un placer sin igual imaginar su desaparición. No tienes idea de la fuerza que se necesita, empujar a esa bestia dentro, recordando que no es el tipo de persona que quiero ser. Ni ahora ni nunca. No me convertiré en un monstruo para ti. El tipo de amor que anhelo no es cruel ni posesivo. No

Stalking Jack the Ripper #3,5

esperes que actúe de esa manera. Nunca rogaré ni usaré tácticas subversivas para ganarme tu corazón. Me lo ganaré porque eliges dármelo por tu propia voluntad, o no lo tendré en absoluto. Nunca te manipularé. Nadie debería. ¿Y si lo hacen? No merecen tu tiempo.

—¿Es eso lo que piensas? —preguntó, su voz mortalmente tranquila—. ¿Que me dejé manipular? ¿Alguna vez te detuviste a considerar que yo sabía exactamente el tipo de juegos que él estaba jugando? ¿Que intenté seguirle el juego, incluso cuando él estaba escribiendo las reglas?

Su mirada podría haber congelado el Atlántico.

—No soy perfecta, Cresswell.

No, no lo era. Pero tampoco yo ni nadie más en el mundo. Pero ella era perfecta para mí. Es lo que habría dicho si ella no hubiera continuado con su apasionado discurso.

—Cometo errores. Sé qué tipo de persona eres y supe desde el momento en que lo conocí quién es Mefistófeles. Sí, todavía podía imaginarme siendo amiga de él, incluso después de que intentó manipular la situación. No creo en odiar a alguien porque ha tomado malas decisiones. Quizás *soy* ingenua, pero siempre esperaré que lo mejor gane en una persona. Quizás algún día eso cambie, pero ¿por ahora? Me gustaría creer que la redención es posible, incluso si eso me convierte en la más tonta.

Extendí una mano inútilmente.

—Audrey Rose, no quise decir...

—Si tú y yo vamos a avanzar juntos, tendremos que hacerlo sabiendo que tenemos fallas. Te haré daño, Thomas. Espero que nunca más vuelva a ser de la misma manera, pero sin duda llegará un día en el que realmente arruinaré las cosas. Y te quiero en todas las formas en que me quieras, maldito tonto. Te deseo tanto que me lleva a la total... —Su atención se fijó en mis labios, su mente aparentemente perdida mientras luchaba contra el anhelo que vi en su mirada—, distracción.

Su atención permaneció en mi boca y cualquier correa con la que había logrado domarme se soltó. Me acerqué un poco más y la atraje hacia mí, con cuidado de su herida. No quería pelear por personas que no importaban. En todo caso, me alegré de que ella tuviera más experiencia de la que sacar provecho. Ahora sabía con certeza que ella sí me eligió. No

porque yo fuera la única opción disponible, sino porque ella realmente *me* deseaba.

Pensé en el bastón de dragón que le había encargado, la razón por la que quería regalarle ese símbolo en particular. Y, sin embargo... no parecía el momento adecuado para abordar ese tema. Habría mucho tiempo para otras discusiones serias. Por ahora...

Pasé mi pulgar por su labio inferior, memorizando la forma de su boca. Podía contemplar el hundimiento de su labio superior durante horas, encantado por el hechizo que me arrojaba. Deslicé mi mano a lo largo de su mandíbula y sus ojos se cerraron, un sonido de satisfacción escapó.

Mi pulso rugió como un río embravecido en respuesta, pero me contuve. Deslicé mi mano en su cabello, inclinando su rostro hacia el mío, saboreando cada dificultad en su respiración, cada salto de mi corazón. Parecía que hubiéramos esperado un milenio para llegar aquí. Y languidecí en la ligera burla antes de nuestro beso. Rocé mis labios contra los de ella, una, dos veces. Cada pase ganaba la más mínima presión. Me moví antes de que nuestras bocas hicieran ese contacto final, besando la esquina de sus labios, su mejilla, a lo largo de la parte inferior de su mandíbula.

Dibujé lentos círculos por el costado de su corpiño y ella se arqueó ante mi toque, instándome a bajar. Quería deslizar mis dedos a lo largo de la sedosidad de sus medias, sentir las capas de sus amplias faldas rozar mi piel mientras exploraba su cuerpo de la forma en que ella parecía rogarme. Llevé mi boca a la de ella y la besé, lenta y lúgicamente, saboreando la sensación de ella.

Ella respondió con un suspiro, una súplica.

—Thomas. Por favor.

Casi me deshago. Nuestro beso se hizo más profundo. Mi lengua se metió en su boca, bromeando, ligera. Ella gimió y me tiró parcialmente encima de ella, tirando los libros del sofá. No pude evitar que se me escapara una risa nerviosa.

—Tranquila, Wadsworth. También me gustaría violarme, pero si no tenemos cuidado, avisaremos a toda la familia.

—No me importa —dijo, mostrando una sonrisa maliciosa. Envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y me acercó. Esta vez, pasando sus manos por mi espalda. Su toque me desató.

Cuidando su herida, me acomodé entre sus piernas y volví a centrar mi atención en cada lugar al que ella la dirigía. Usé todos los métodos de deducción que conocía para descubrir lo que le gustaba y lo hacía de nuevo. Dejé caer besos y los arrastré con mi lengua, adorando la piel de gallina que saltaba a la acción. Cuando tomó mi mano y la colocó en su muslo, mi respiración se detuvo. Sabía exactamente lo que estaba pidiendo. No le negaría nada.

Tracé una línea lenta hasta su pantorrilla, luego me deslicé debajo de sus faldas, con el corazón martilleando mientras avanzaba lentamente hacia arriba. Nunca había hecho esto antes.

—¿Estás segura?

Una sonrisa de desconcierto cruzó su rostro.

—¿Tienes miedo? ¿O es esto demasiado para ti?

—Ninguno.

Sonréí contra sus labios mientras ella se inclinaba hacia mí, su respiración era errática cuando comencé a trazar diseños a lo largo de su muslo desnudo. Antes de que pudiera burlarme de ella, su boca estaba sobre la mía y todos mis pensamientos volvieron a deducir cada sutil cambio de su cuerpo.

Pronto susurró mi nombre como una oración una y otra vez. No me detuve hasta que su agarre en mi espalda se aflojó y sus susurros se desvanecieron en dulces besos. Nos quedamos allí en la sala, respirando con dificultad, sonrojados por los besos y sonriendo como dos tontos enamorados. Nunca había estado más contento un día en mi vida.

—Te amo, Thomas.

—Por supuesto que sí. Soy el héroe alto y oscuro de tus sueños, ¿recuerdas? —Presioné mis labios contra su sien y la atraje hacia el círculo de mis brazos—. Yo también te amo. Por las mismas razones.

Enterró su rostro en mi pecho, temblando de risa, y me enamoré un poco más.

KERRITHE DARK
PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5

Habíamos capeado la tormenta que fue el RMS *Etruria* y nos habíamos vuelto increíblemente más fuertes. Eso me dio esperanza para nuestro futuro. No solo me probé a mí mismo que no era el monstruo de nadie, sino que Audrey Rose se había decidido por mí.

No me gustaría repetirlo, pero al final, no pude negar estar agradecido por la prueba.

Incluso si subsistían los persistentes sentimientos de homicidio.

Solo un poco.



ÓCHO

**Sala de estar
Quinta avenida, Ciudad de Nueva York
14 de enero de 1889**

Wadsworth negó con la cabeza, sus labios formaron una línea determinada. Liza fue lo suficientemente inteligente como para no mirar en mi dirección en busca de ayuda. Lo había intentado un par de veces y Audrey Rose no quiso. Dejé el lápiz a un lado y miré el diagrama de un zapato que había hecho, complacido por las medidas y el estilo.

—Oh, no —gruñó Audrey Rose ante la gran peluca empolvada que Liza sostenía—. No no no. No volveré a usar esa horrible peluca.

Me atraganté con una tos, ganándome una rápida mirada de ambas chicas. Arqueé una ceja.

—La peluca empolvada era muy... María Antonieta. Te quedaba bien.

Audrey Rose maldijo. Fue una serie de improperios tremadamente sucios. Estaba tratando, y fallando, de no caer de risa.

—¡No es gracioso, Cresswell! Se supone que debo estar recuperándome, tomándome las cosas con calma. Esto, —Señaló a la multitud de vestidos esparcidos por las sillas y el piso de la sala de estar—, no es propicio para la paz.

Liza se cruzó de brazos.

—Si no hiciéramos representaciones para tu beneficio, morirías de aburrimiento. Tío nos prohibió llevarte al teatro hasta que tu fractura sea menos... cualquiera que sea el término adecuado... así que te hemos traído el teatro. Ahora deja de ser difícil. Esta obra requiere una peluca.

Stalking Jack the Ripper #3,5

Me escondí detrás de mi bloc de dibujo, haciendo un trabajo miserable para evitar que mis hombros temblaran con la risa contenida. Una almohada voló sobre la mesa de café separándome de Audrey Rose. Miré hacia arriba, sorprendido de verla disolverse en un ataque de risitas. Algo tenso se desenrolló en mi pecho, trayendo un poco de calor a mis mejillas. Amaba cuando ella se liberaba.

—¡Uf! —dijo Liza, levantando las manos—. Necesito a alguien que cante soprano con este papel. Mi voz no llega a las mismas octavas y sonará ridículo. *Debes* ponerte la peluca.

Las chicas se miraron la una a la otra, una batalla silenciosa librándose entre ellas. Admiraba cuánto amaba Liza a su prima. Nunca la dejaba caer en la desesperación y tampoco empujaba cuando Wadsworth estaba realmente frustrada. Liza leía a la gente de la misma manera que yo, pero a un nivel emocional. Y tenía razón al continuar ahora. Wadsworth había estado particularmente inquieta toda la mañana. Algunos días eran peores que otros, y el descenso de la temperatura y los cambios de barómetro siempre parecían causar más dolor.

Al margen de mis experimentales diseños de zapatos, había estado tomando notas sobre los patrones climáticos durante la última semana y las posibles conexiones con los cambios en el aumento de los síntomas de Wadsworth.

No creía que se hubiera dado cuenta, pero observaba sutilmente cada mueca de dolor, cada pequeña pausa que hacía mientras se reubicaba en el sofá o en la cama. Un dolor constante permaneció cuando se puso de pie por primera vez. Su pierna la preocupaba más de lo que quería admitir. Yo no tenía nada con lo que compararlo personalmente, pero recordaba a mi madre hablando abiertamente sobre sus dolores crónicos antes de morir. Ella me dijo que una de las partes más difíciles de su condición era la permanencia del dolor, la forma en que este desvanecía gradualmente su estado de ánimo.

Entonces era demasiado joven y sin experiencia para ayudar, pero ese no era el caso ahora.

Suspiré y extendí una mano.

—Dame la peluca. Les mostraré a ambas cómo se hace.

Stalking Jack the Ripper #3,5

Audrey Rose se enderezó y entrecerró los ojos.

—¿Tú cantas? ¿Desde cuándo?

Desde nunca. Pero estaba dispuesto a intentarlo si la hacía reír con tanta libertad de nuevo. Me encogí de hombros.

—Soy un hombre de muchos talentos y misterios, Wadsworth. Por favor, trata de no parecer tan sorprendida. Es bastante perjudicial para mi frágil ego.

Quince minutos después, Liza me tenía sentado en un banco de piano, vestido con la peluca empolvada con lazos rosas y pájaros falsos, labios carmesíes y un lunar pintado en mi mejilla izquierda. Ni siquiera había tenido la oportunidad de deslumbrar a Wadsworth con mi habilidad para el canto antes de que se derrumbara en un ataque de risa.

Me crucé de brazos. Mi traje azul pálido salido directamente de la corte del rey Luis XVI me cubría la espalda con fuerza. Recé para no romper las costuras. Nunca superaría la vergüenza. Liza se dejó caer en el sofá junto a Audrey Rose, mordiéndose el labio con tanta fuerza que pensé que se lastimaría.

—Ambas son seres humanos terribles —dije, manteniendo una cara mayoritariamente seria—. No se sorprendan cuando Satanás las lleve a ambas directamente al infierno.

Cualquier control que hubieran tenido, que era muy, muy poco, se hizo añicos. Liza agarró a Audrey Rose con fuerza, jadeando de risa. Fingí sentirme herido y levanté la barbilla, decidido a mantener esa sonrisa en el rostro de Wadsworth ante el sacrificio de la dignidad que me quedaba.

Inhalé profundamente, hincharlo el pecho con gran exageración y comencé a tocar el piano. Grité, con mi voz más alta y clara:

*Canta una canción de seis peniques,
Lleno de centeno un bolsillo,
Veinticuatro mirlos,
Al horno en un pastelillo.*

Escondí mi propia risa cuando Audrey Rose cayó de costado, con lágrimas en los ojos. Fingiendo no darme cuenta de lo horrible que era mi tono, agregué una floritura a los acordes de la canción infantil familiar en el piano.

Stalking Jack the Ripper #3.5

*Cuando se abrió el pastel, los pájaros comenzaron a cantar,
«¿No era un plato delicioso para al rey deleitar?»
El rey estaba contando su dinero en su casa de recuento.
La reina estaba en la sala, comiendo miel y pan suculento.*

Liza se cayó del sofá y aterrizó en un montón de vestidos desechados. Milagrosamente, mantuve la cara seria mientras terminaba la última canción, me puse de pie y luego me incliné profundamente por la cintura. Mi maldita peluca se estrelló contra las teclas del piano y las chicas lloraron de tanto reír.

Una hora más tarde, serví dos tortas de chocolate y menta. Una para Wadsworth y otra para mí. Ella miró el postre y sonrió.

—Me estás malcriando, Cresswell.

Rompi la cáscara de chocolate exterior de la mía y gemí mientras sumergía mi cuchara en el relleno de mousse.

—Lo cual es por razones puramente egoístas, ya que me permite consentirme también.

—Naturalmente. —Ella sacudió su cabeza—. No tenía idea de que pudieras cantar tan... ruidoso. Dime —bromeó—, ¿qué gato callejero te dio lecciones cuando eras un gatito?

Resoplé.

—Te dejaré saber que los gatos callejeros de todo el mundo se ofenden por eso.

Nos centramos en nuestros dulces y terminé el mío con una taza de expreso fuerte. La amargura del café combinaba bien con el azúcar, y me encontré deseando más de cada uno mientras dejaba mi taza. Quizás estaba nervioso por abordar el próximo tema.

—¿Bien? —preguntó, alejando mi atención de los pensamientos sobre las panaderías—. ¿Qué estás pensando ahora?

Arrugué una ceja, tratando de no mostrar mi sorpresa.

Stalking Jack the Ripper #3,5

—¿Cómo sabes que estoy pensando?

—Miras con nostalgia tu plato vacío. Como si esperaras que aparezca algo más, para poder seguir ordenando tus pensamientos antes de compartirlos.

Me dio una mirada de satisfacción cuando le devolví el parpadeo. Realmente se estaba volviendo demasiado buena leyéndome. Estiré las piernas, deteniéndome.

—He estado pensando en lo que hablamos en Rumania. Acerca de...

—Pasé una mano por mi cabello—. Sobre si te gustaría o no comenzar un cortejo formal.

Ella se quedó muy quieta. Mi corazón se desaceleró.

—¿Estás pidiendo permiso para escribirle a mi padre?

—Sí. —Me encontré con su mirada sin pestañear—. Me gustaría cortejarte formal y públicamente. Me gustaría ser tuyo oficialmente, si me aceptas.

Se mordió el labio y, por mi vida, no podía descifrar si estaba complacida, aterrorizada o buscando una excusa para retrasar mi solicitud. Rápidamente tomó mi mano y la sostuvo contra su corazón. Golpeaba como un tambor de guerra. Frunció las cejas y ella se rio.

—¡Por supuesto, te acepto, Thomas! —Llevó mi mano a sus labios y la besó, su sonrisa crecía—. Después de todo lo que pasó en la *Etruria*... yo estaba... —exhaló—. No estaba segura de si aún querías cortejarme. Y luego, cuando no dijiste nada después... pensé... esperaba que me preguntaras después de que hablamos de Mefistófeles. Cuando pasaron los días y no lo mencionaste, no pensé que quisieras hacerlo.

La estudié de cerca.

—¿Pensaste que había cambiado de opinión sobre nosotros?

—¿Honestamente? No podía estar segura. —Ella levantó un hombro—. Cometí errores que te afectaron. Tienes todo el derecho a cambiar de opinión y tomar tus propias decisiones debido a ellos. Difícilmente podría culparte si no quisieras tener nada más que ver conmigo.

Yo fui el que se quedó muy quieto.

KERRITHE DARK
PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5

¿Y me habrías dejado ir?

Abrió la boca y la cerró, considerando sus palabras con cuidado. Metió un mechón de cabello color cuervo detrás de su oreja.

—Siempre me dejas elegir. Hubiera sido difícil, pero yo haría lo mismo por ti. Siempre.

De alguna manera, cuando no estaba prestando atención, nos acercamos el uno al otro. Nuestras rodillas se rozaron, enviando una sacudida de sentimiento a través de mí por el contacto. Mi pulso se aceleró.

—Todavía te elijo, Audrey Rose. —Una lágrima se deslizó por su mejilla. La aparté suavemente—. ¿Estarías de acuerdo si le envío a tu padre una carta también solicitando un compromiso?

Su respuesta fue un beso. Del tipo que destrozaba paredes oscuras y las reemplazaba con luz.



KERRI

THE DARK PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3.5



**Habitaciones de Thomas
Quinta avenida, Ciudad de Nueva York
20 de enero de 1889**

Me quedé mirando la botella de tinta, con las palmas curiosamente húmedas mientras pasaba el plumín entre las yemas de mis dedos. Había pasado la mayor parte de la última semana practicando mentalmente la redacción exacta, conociendo los puntos precisos de puntuación y dónde caían. Cómo se vería el trozo de pergamino con el espacio negativo entre las palabras. Las comas y los signos de exclamación que nunca expresarían adecuadamente mi entusiasmo. Las pausas que quería hacer, los puntos que haría a favor de por qué sería un pretendiente perfecto. Puede que no sea matemáticamente probable, pero estaba seguro de que nadie amaba a otro tanto como yo amaba a Audrey Rose.

Querido Lord Wadsworth, estimado Barón de Somerset,

Le escriba bajo gran constreñimiento. Parece que no puedo pedir apropiadamente cortear formalmente a su hija y debería salir de mi miseria de inmediato. Por favor, envíe una cría de murciélagos vampiros para que me despachen lo antes posible. Claramente sería una mejora con respecto a esta carta...



KERRI

THE DARK PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5

El pretendiente esperanzado pero estúpido de su hija,

Thomas

Arrugué el pergamo y lo tiré a la basura. No había tenido tantos problemas para pedir su permiso para asistir a la academia forense en Rumania. Esto no debería ser diferente. Excepto que lo era. Muy diferente. Cerré los ojos y traté de imaginarme hablando con Lord Wadsworth en persona. Me imaginé soltando que quería casarme con su hija. Quería tomarla en mis brazos y egoístamente nunca dejarla ir. Quería despertarme con ella todas las mañanas y acostarnos juntos por la noche...

Pensé que no sería una buena idea señalar esos deseos *exactos*. Dejé la pluma y me froté las sienes. Sin esperanza. Era completamente incompetente en asuntos del corazón. Necesitaba ayuda. Volví a coger mi pluma y rápidamente escribí otra nota, mucho más fácil de escribir.

Querida Daci,

65

Deseo pedir la mano de Audrey Rose y temo poner un pie en mi boca en su lugar. El sabor de las suelas de cuero no me sienta bien. Sabes lo que pienso de los tontos y soy del peor tipo. Por favor ayuda.

Tu hermano enormemente inteligente pero idiota,

Thomas

Becoming
THE DARK

Stalking Jack the Ripper #3.5

Ahí. Si tan solo toda la escritura de cartas pudiera ser tan simple y directa. Sacudí el miedo y la duda fuera de mí. Pensé en cómo nos sentíamos Audrey Rose y yo, en lo fuerte que se había vuelto nuestro vínculo. Me imaginé envejeciendo juntos, sentados en los jardines de una casa de campo, el aire salado del mar fresco y relajante mientras un cadáver nos esperaba en nuestra propia morgue personal.

Quizás algún día habría niños, si Audrey Rose los deseaba. O tal vez tendríamos una jauría de perros y gatos que mimar. Cualquiera que fuera el camino que eligiéramos, lo haríamos juntos. Nuestro futuro nos pertenecía solo a nosotros. Nuestro pasado podría habernos moldeado, pero éramos los maestros en cómo continuarían haciendo en nuestro presente. Solo sería un monstruo si me permitiera serlo. También era libre de elegir otro camino. Uno que estaba lleno de amor, risas y luz.

Sueños. Siempre preferiría los sueños a las pesadillas. Luz sobre tinieblas y amor sobre odio. Y seguiría tomando esa decisión para siempre. Cada uno de nosotros tenía el poder de decidir su propio destino.

Ya no estaba en peligro de convertirme en el príncipe oscuro, la amenaza con la que mi padre disfrutaba burlándose de mí. Yo era Thomas Cresswell y tenía la bondad de pedir la mano de Audrey Rose. Ella y yo viajariamos por el mundo juntos, como iguales, y aunque podría haber otro algún día quien le permitiera voluntariamente esa libertad, ella no necesitaba mi permiso.

Sonréí al pergamo, ya no inseguro. Llevé mi pluma a la página y comencé a escribir. Las palabras brotaron de mí, rápidas y verdaderas. Ya no ocultaba quién era y qué anhelaba. Sabía antes de terminar el último trazo de la pluma cómo firmaría la carta. No guardaría nada y me apropiaría de cada aspecto de quién era.

Querido Lord Wadsworth,

Le escribo hoy para solicitar formalmente una audiencia lo antes posible. Deseo discutir el importante asunto del posible cortejo y

KERRITHE DARK
PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5

compromiso de su hija. Es ligeramente poco convencional, así que le pido perdón por ser tan atrevida, pero ya le pregunté a Audrey Rose si permitiría mi solicitud. Sé que sabe tan bien como yo que ella no toleraría menos de un socio potencial. La igualdad es algo que todos deberíamos recibir gratuitamente. O al menos eso creo firmemente.

Espero que le agrade, tanto como a mí, que ella me haya animado a enviarle esta carta de inmediato. Quiero que sepa que estoy completamente enamorado de su hija, señor. Sus admirables cualidades son mucho más profundas que la belleza, aunque ciertamente podría escribir mil sonetos sobre eso. Su mente y su alma me mantienen cautivo, y estoy muy dispuesto a permanecer encarcelado por el resto de mi vida.

67

Becoming
THE DARK



KERRI

THE DARK PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3.5

Nada me gustaría más que tener a Audrey Rose como mi compañera en la vida para siempre, en caso de que nos ofrezca su bendición.

Respetuosamente,

Thomas James Dorin Cresswell,
hijo de Su Excelencia, Lord Richard
Abbott Cresswell, Heredero de Drácula

PD:

Le adjunto dos boletos de primera clase para que pueda cruzar el Atlántico en el próximo barco, si desea hablar en persona, aunque le deseo un viaje más agradable que el que experimentamos recientemente. Esperamos ansiosamente su llegada a la casa de su suegra aquí en Nueva York.

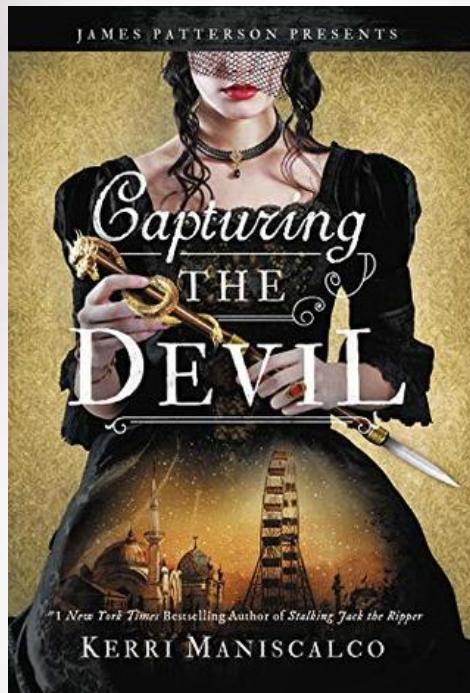
KERRI

THE DARK PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5

Próximo libro



En el impactante final de la exitosa serie que comenzó con Stalking Jack the Ripper, Audrey Rose y Thomas están a la caza del asesino depravado y esquivo conocido como el Diablo en la Ciudad Blanca. Un juego mortal del gato y el ratón los hace luchar para mantenerse un paso por delante del brillante asesino en serie... o ver su fatídico romance interrumpido por una tragedia indescriptible.

Audrey Rose Wadsworth y Thomas Cresswell han arribado a Estados Unidos, una tierra audaz y temeraria a diferencia de las elegantes calles de Londres que conocían. Pero como Londres, la ciudad de Chicago esconde bien sus oscuros secretos. Cuando los dos asisten a la espectacular Feria Mundial, encuentran el evento único en la vida contaminado con informes de personas desaparecidas y asesinatos sin resolver.

Decididos a ayudar, Audrey Rose y Thomas comienzan sus investigaciones, solo para encontrarse con un asesino en serie como nunca antes habían escuchado. Identificarlo es una cosa, pero capturarlo, y perderse peligrosamente en el infame "Holmes Castle" que construyó como un dispositivo de tortura aterrador, es otra.

¿Audrey Rose y Thomas verán su último misterio hasta el final, juntos y enamorados, o sus fortunas finalmente se agotarán cuando su adversario más depravado ejecute un último y devastador asesinato?

Stalking Jack the Ripper #4

BECOMING
THE DARK

KERRI

THE DARK PRINCE

MANISCALCO

Stalking Jack the Ripper #3,5

KERRI MANISCALCO



Kerri Maniscalco creció en una pequeña ciudad a las afueras de Nueva York, donde su amor por las artes se fomentó desde muy temprana edad. En su tiempo libre, lee todo lo que puede conseguir, cocina todo tipo de comida con su familia y amigos, y bebe demasiado té mientras discute los mejores puntos de la vida con sus gatos. *Stalking Jack the Ripper* es su primera novela, e incorpora su amor por la ciencia forense y la historia sin resolver.

Para obtener más información, visita a Kerri en línea en su página kerrimaniscalco.com y síguela en Twitter e Instagram en KerriManiscalco o en Facebook en KerriManiscalcoAuthor.

70

Bokzinha

Becoming
THE DARK

KERRI

THE DARK PRINCE

Stalking Jack the Ripper #3,5

MANISCALCO



AGRADECIMIENTOS

MODERADORA

Mari NC

TRADUCCIÓN

Mari NC

CORRECCIÓN Y REVISIÓN

Mari NC

71

Bontzinga

DISEÑO

Tolola

Becoming
THE DARK



KERRI

THE DARK PRINCE

Stalking Jack the Ripper #3.5

MANISCALCO



72

Bookzininga

Becoming
THE DARK